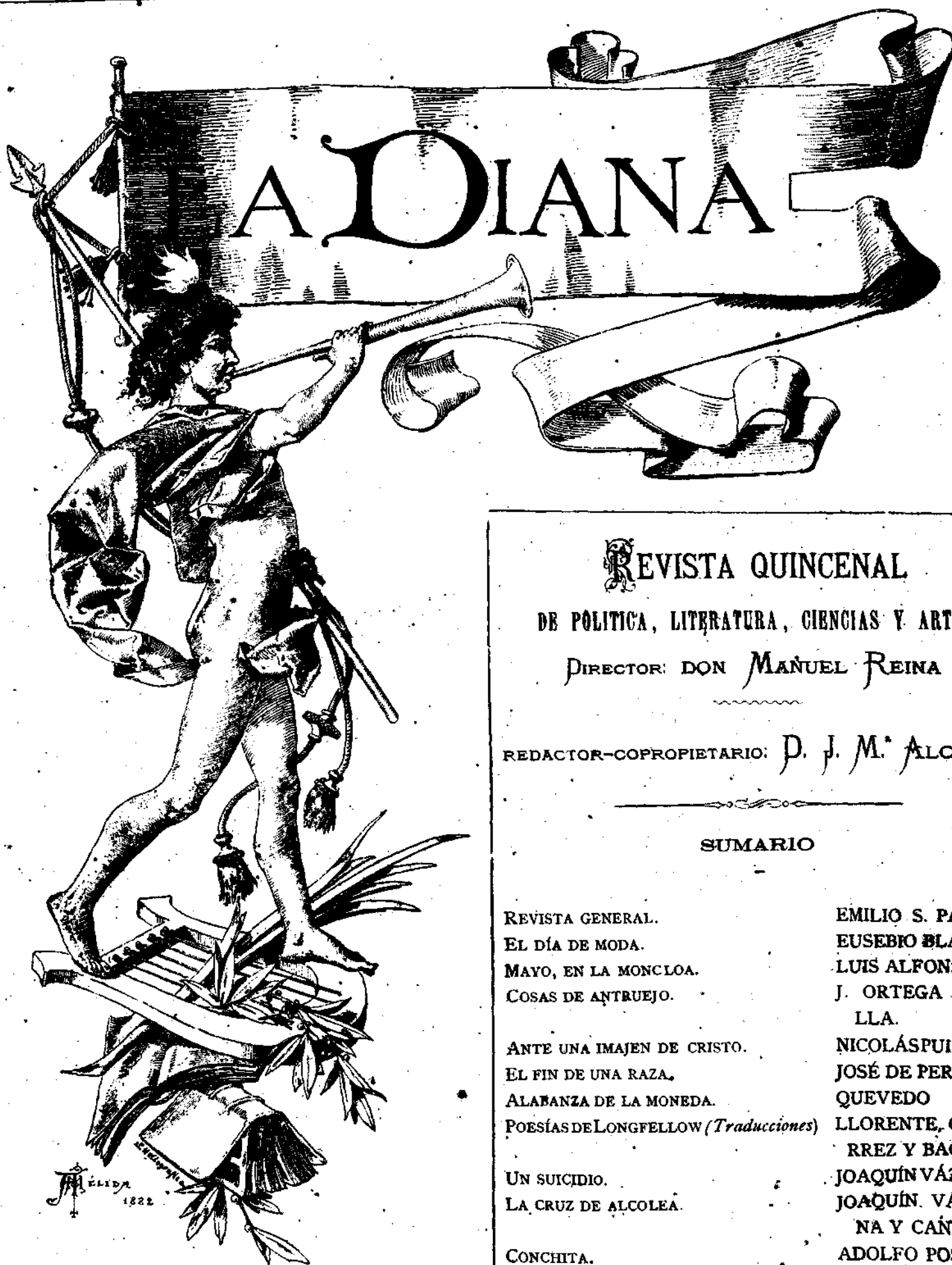




REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

REDACTOR-COPROPIETARIO: D. J. M. ALCALDE

SUMARIO

REVISTA GENERAL.

EL DÍA DE MODA.

MAYO, EN LA MONCLOA.

COSAS DE ANTRUEJO.

ANTE UNA IMAGEN DE CRISTO.

EL FIN DE UNA RAZA.

ALABANZA DE LA MONEDA.

POESÍAS DE LONGFELLOW (*Traducciones*)

UN SUICIDIO.

LA CRUZ DE ALCOLEA.

CONCHITA.

RIMAS.

LOS DOS POLOS.

LA MUSA VERDE.

EL VELO NEGRO.

EMILIO S. PASTOR.

EUSEBIO BLASCO.

LUIS ALFONSO.

J. ORTEGA MUNI-
LLA.

NICOLÁS PUIZAN W

JOSÉ DE PEREDA.

QUEVEDO

LLORENTE, GUTIE-

RREZ Y BAQUERO

JOAQUÍN VÁZQUEZ.

JOAQUÍN VARASO-

NA Y CÁNDAN.

ADOLFO POSADA.

ACADEMUS.

MANUEL P. DE

ARANDA.

MANUEL REINA.

CARLOS DICKENS.

Administración: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha

REVISTA GENERAL

INTERIOR.—Las consecuencias del último debate político han sido favorables para el gobierno, en mayor grado que pudiera sospecharse. El gabinete había sufrido en pocos días una serie de golpes de esos que en la opinión pública causan grandísimo efecto, y que debilitan siempre la fuerza de los poderes responsables. Primero vino la cuestión del proceso Monasterio, agravada por la débil e incomprensible defensa que de sus actos hizo el ministro de Gracia y Justicia; inmediatamente surgió el conflicto entre la autoridad municipal y gubernativa de Madrid, resuelto con la dimisión de aquella, y por último, acabando de llenar de electricidad la atmósfera el Sr. Moret, presidente de la comisión de presupuestos, y con cuyo apoyo contaba la situación en la cuestión económica, anunció su completo disenso y su propósito de apoyar y defender un presupuesto particular, expuesto y apoyado ya en un voto parcial.

Con estos elementos prepararon los conservadores la batalla que se iba a librar en forma de debate político; en estas condiciones entró el gobierno en el combate, y con tan desfavorables circunstancias para la situación se inició la contienda. Tres días de discusión bastaron para cambiar por completo el aspecto de las cosas.

A los tres días, y después del discurso último del señor presidente del Consejo, la transformación verificada fué tan radical, que el gobierno había recobrado toda su fuerza; el ministro de Gracia y Justicia estaba rehabilitado por completo; el conflicto de las autoridades madrileñas, resuelto y explicado satisfactoriamente; la izquierda dinástica, desarmada; la inteligencia entre ésta y los conservadores, rota para siempre, y la actitud hostil del Sr. Moret en la cuestión económica, sin efecto y sin resonancia, hasta el extremo de que la discusión de su voto particular, que antes del debate político hubiera sido un acontecimiento, pasó casi inadvertida, fuera de las personas que habitualmente se dedican a esa clase de materias.

Sin el debate político, sin su resultado favorable para el gabinete, la crisis parcial se hubiera impuesto al gobierno; hoy no anuncian ya modificaciones ministeriales, ni los mismos que con deplorable frecuencia se ocupan en la propaganda constante de esos rumores.

Dos causas han contribuido a que la discusión parlamentaria condujera al resultado que estamos exponiendo.

Primera: el desbarajuste verdaderamente cómico que reina en la izquierda dinástica, desde el día que se formó; desbarajuste originario de la absoluta falta de razón con que procedieron los primeros disidentes, arrastrando a una parte de la democracia a formar un tercer partido, dentro de la monarquía, inútil para todo interés beneficioso al país y a la libertad.

Segunda: la elocuencia y habilidad del Sr. Sagasta, manifestadas en la ocasión a que nos referimos en una forma tan relevante, que sus mismos adversarios políticos no han podido menos de reconocer la superioridad real que dentro de su partido tiene, y que con tanta justicia le ha conducido al puesto que ocupa, con plena confianza de todos los elementos que le componen.

La izquierda dinástica nació mal, y sus actos todos se resienten de un vicio de origen incurable, porque es ya orgánico en esa agrupación. Hay en ella un elemento que va impulsado por el despecho y por el odio hacia la persona del Sr. Sagasta; no siente más aspiración que la de vengar agravios personales, y tomar no sabemos qué pueriles represalias contra el que antes proclamaron como jefe indiscutible. La voz de estos elementos es la del Sr. Montero Ríos, que después de diez años de ausencia del Parlamento, ha acudido a él para demostrar al deficiencia de su palabra, lo atrasado de sus medios oratorios, y lo vulgar de sus armas en el campo de la elocuencia. Al lado de estos elementos figuran otros, procedentes en su mayoría del campo democrático, que han servido y votado la forma republicana en 1873, pero que se han apartado completamente de aquellos ideales en cuanto han podido convencerse de que dentro de la monarquía de D. Alfonso XII son posibles las prácticas de todos los principios que la democracia proclama y defiende.

Estos llegaron a reconocer la Constitución de 1876 en la primera legislatura de estas cortes, y sin el descabellado intento del Duque de la Torre, hubiera continuado en tan patriótica actitud; pero levantada la bandera del Código de 1869, volvieron al punto donde les llamaban sus antecedentes, y están en la izquierda dinástica anhelando siem-

pre una recomendación entre todos los elementos liberales sin y odios ni rencores hacia nadie. Estas dos tendencias luchan en el seno del nuevo partido y triunfan y se derrotan mutuamente. El debate político comenzó con la tendencia intransigente y acabó con la tendencia benévola. El Sr. Montero Ríos llevó a la discusión todos los rencores y los odios del pasado; el Sr. Moret, todas las esperanzas y todas las aspiraciones del porvenir.

El Sr. Sagasta, en el debate a que aludimos, mostró una habilidad que nunca se encomiará bastante porque constituyen sus dos discursos, aparte de la elocuencia relevante del ilustre tribuno, un golpe de estrategia parlamentaria, del que todavía no se han repuesto los adversarios. El Sr. Sagasta comprendió desde el primer momento que el enemigo estaba en un terreno resbaladizo; que los izquierdistas no acertaban a dar al debate la fuerza e importancia que habrían soñado; que por bajo de todos sus alardes guerreros había una corriente de benevolencia hacia la situación, que se manifestaría de un modo ostensible a pocos esfuerzos que se hicieran desde la derecha, y que por último, los conservadores, maltratados por el Sr. Montero Ríos imprudentemente, no necesitaban mucho para romper definitivamente con la izquierda.

Todo esto lo apreció con certero y rápido golpe de vista el señor Presidente del Consejo, y todo lo aprovechó con asombroso éxito para pronunciar dos de los mejores discursos que de sus labios han salido en su gloriosa y larga carrera parlamentaria. A la agresión del Sr. Montero Ríos contestó con la energía que le es característica; a las pintorescas apreciaciones del Sr. Romero Robledo, con severidad y digna actitud, y a la tendencia general de la izquierda, con la exposición de las doctrinas de la derecha, con ardientes protestas de amor a la libertad y a los principios más avanzados, con una cumplida demostración del liberalismo que informa todos los actos de la situación dominante desde el día en que fué llamado al poder. Como no podía menos de suceder, la reacción se hizo en la izquierda, las agresiones se trocaron en frases de benevolencia, los duros ataques en propósitos de concordia, y los conservadores solos ya en la contienda, abandonados por los izquierdistas en lo más serio de la batalla, no tuvieron ni el valor necesario para ocultar la indignación que este resultado les causara, antes por el contrario, en plena sesión, el Sr. Romero Robledo dio pruebas manifiestas de su enojo por la fuerza que acaba de adquirir el gobierno.

En el momento en que sonó la palabra benevolencia y próxima concordia, en todos los labios no faltaron suspicaces, que dieron por cierto un gran disgusto entre los elementos del partido liberal dinástico que proceden del antiguo centro parlamentario. Las oposiciones, que como es natural aprovechan cuantas ocasiones se presentan para hostilizar a los gobiernos, no han dejado de explotar este tema, lo mismo en los periódicos, que en el salón de conferencias. El Sr. Romero Robledo, que es el agitador perpetuo de esta parte del Congreso, no ha dejado de dirigir públicos halagos a los centralistas, más impulsado por el deseo de producir determinados efectos, que convencido del éxito y hasta de la oportunidad de sus gestiones. Estas habilidades, por lo toscas son de escaso interés siempre; pero en la ocasión presente, su resultado ha de ser nulo tantas veces como se intente. En primer lugar la fusión de 1880 no ha sido una coalición que con facilidad pueda romperse por los esfuerzos de ningún otro partido; la fusión, por la identidad de principios, por la igualdad de aspiraciones y hasta por la historia y significación de cuantos la constituyeron, produjo un partido político compacto, fuerte, unido realmente y en el que se han olvidado antiguas denominaciones para siempre. Tan exacto es eso, que si en el seno del partido liberal dinástico surgiera una desidencia, no sería probablemente entre antiguos centralistas y antiguos constitucionales; la que surgió al fin de la legislatura anterior, fué entre los individuos de procedencia constitucional sin que los antiguos centralistas hayan hasta el presente iniciado como grupo ninguna tendencia especial en el seno de la mayoría.

Hay entre los centralistas, como hay entre los constitucionales, quienes se disgustan con determinado ministro, ó a quienes no agrada determinado proyecto; pero no resisten esos movimientos de grupo, esas divisiones de procedencia que tan a menudo se citan en la prensa de oposición como próximas a estallar.

Cuantos esfuerzos dirijan por este lado las oposiciones serán estéri-

les, porque entre otras cosas, para los hombres verdaderamente liberales, para los que dentro de la monarquía aspiran al desarrollo de todas las doctrinas más expansivas, no hay más garantía que la fuerza de que el Sr. Sagasta dispone, que su incontrastable prestigio y su indiscutible popularidad.

Un suceso de verdadera importancia, relacionado directamente con los que acabamos de exponer, ha ocurrido en la última quincena, y se comentará aún por mucho tiempo. Nos referimos á la visita hecha por el Sr. Martos á palacio, con el propósito de presentar á S. M. una comisión de agricultores valencianos, que vino á la corte á gestionar que no accediera á la pretensión de una casa comercial de Santander, que desde hace años tiene el pensamiento de traer arroz de la India para verificar el descascarrillado y conducirlo á la isla de Cuba.

Decimos que este hecho está relacionado con las consideraciones que anteriormente hemos expuesto, porque el Sr. Martos, antes del debate político, se manifestaba bastante retraído de la política. Los resultados de la discusión citada, hicieron que el Sr. Martos saliera de la especie de retraimiento que se había impuesto, y á los pocos días verificó la visita al monarca, acto de adhesión á la Monarquía, más importante por las frases pronunciadas en el palacio real por el ilustre orador, que por el hecho mismo de presentarse en la real cámara el antiguo republicano.

El paso del Sr. Martos, que han juzgado con sin igual dureza sus anteriores correligionarios, es un gran acto de patriotismo, que la posteridad, cuando las pasiones y los rencores personales callen, apreciará en su valor, haciendo justicia al que ha sabido despreciar, en aras de su país, cierta falsa popularidad que acompaña á las tenacidades imprudentes y á las intransigencias irracionales. La ida del Sr. Martos á palacio tiene una significación importantísima; significa que aquí se ha hecho imposible aquella facilidad con que antes se realizaba cualquier aspiración, por insensata que fuera; significa que el país rechaza todo cambio político en su forma de gobierno; significa que la monarquía, definitivamente aliada con la libertad, tiene una fuerza incontrastable en nuestro país, fuerza que es la más sólida garantía de la paz pública y de la libertad por lo tanto.

El Sr. Martos, que considera posible la realización de todos los ideales democráticos, dentro de la monarquía, prefiere auxiliar á los partidos monárquicos avanzados en esta tarea, á permanecer aferrado al culto de una determinada forma de gobierno, que la nación rechaza, siendo un obstáculo al desarrollo de las libertades públicas y una amenaza para el país. Esta conducta, digan cuanto quieran los republicanos intransigentes, es la conducta del patriotismo más señalado, y ha sido observada en otros países por eminentes demócratas, que no teniendo opiniones monárquicas, han servido y ayudado á su patria bajo la monarquía, contribuyendo al desarrollo de todos los principios de progreso, á cuya realización aspirará siempre la humanidad.

EMILIO S. PASTOR

EL DÍA DE MODA

La moda es reina absoluta; lo avasalla todo, absorbe todos los derechos; para ella no hay costumbres, ni tradiciones, ni hábitos adquiridos. Dicta sus órdenes desde trono ignorado, á distancia remota; se parece á Dios, porque está en todas partes é inspira temor sin darse á conocer. Como á la Providencia, se la conoce de oídas; pero ¿qué importa, si en diciéndola lo hay que hacer, se hace?

Ella nos puso sobre la cabeza estos tubos de chimenea que se llaman sombreros de copa; ella nos manda llevar hoy el gabán largo, mañana corto, tan pronto con mangas anchas frailunas como con mangas de bala forzada.....

Pero mientras la moda sólo se extendía á los trajes y sus leyes eran indumentarias, pase. Lo peor del caso es que la moda, apoderándose de todo, ha invadido el terreno del arte, el de la ciencia: está en moda el extracto de Liebig y la deliciosa Revalenta arábiga; está en moda el género en la pintura; está en moda el realismo en la escena, y hasta la manera de oír las comedias se ha sujetado al capricho de la veleidosa deidad. Para oír una comedia con arreglo al reglamento del buen tono, hay que oírla en un día determinado de la semana; los demás días no son de moda; la persona á quien le guste un drama en

viernes, es *cursi*, si aquel viernes, por ejemplo, no es el día de moda en el teatro donde la comedia se ejecuta.

«La señora de K..... se queda en casa los lunes,» dicen sus amigos; y van á verla el lunes sin falta porque es el día de moda de la señora. Santo y bueno que la señora de K..... resuelva no tener más que una molestia cada siete días, ó no proporcionarla, según los casos y las cosas; pero ¿qué utilidad puede reportar una empresa de que el público acuda como un solo hombre un solo día de la semana?

—No, no es la empresa, me dice un empresario al oído; es el público el que ha inventado eso. Y eso no es moda, es economía.

¡Economía! ¡Ya! Antes las familias iban al teatro dos veces por semana, lo cual, efectivamente, salía más caro.....

Aquí me interrumpe un espectador para hacer una declaración terrible.

—No vamos más que un día á la semana—dice—porque para ver malas comedias hechas por malos cómicos, bastan cuatro *tomos* al mes.

Vuelvo á meditar sobre esta razón, que sería poderosa si una señora que no recibe ni los lunes ni los martes ni los domingos, no me dijera con adorable franqueza:

—La verdad es que vamos el día de moda al teatro, no por el teatro, ni por la comedia, ni por el autor, ni por los actores, sino porque se convierte el teatro en una *soirée* donde reina la más completa independencia. Allí nos vemos todos y todas. Se luce el traje, se mira al novio, se habla de política, se cuenta lo que pasa, y consta que somos de los que pueden gastarse cuatro duros en una butaca.

Declaro que después de oír directa ó indirectamente todas estas razones, no sé por qué hay día de moda.

Pero le hay; esto es indudable. Los lunes en la Comedia; el primer turno del Teatro Real; los viernes de Variedades; los martes de Apolo.....

Meditemos. El empresario aquel se equivoca. Asegura que el día de moda es una economía; pero en el momento en que la buena sociedad va todos los días al teatro ya no hay tal cosa. Yo bien sé lo que es. La buena sociedad quisiera ir todas noches á todas partes, porque en Madrid existe la monomanía de la diversión; en la imposibilidad de divertirse en *globo*, necesita repartir la semana; y como la buena sociedad en Madrid es un cuerpo, un instituto, un coro que tiene que ir siempre en corporación á las diversiones, ha hecho de las diversiones moda inevitable.

No hay que dudarlo; eso que llamamos en Madrid *la gente conocida*, ó á veces *toda Madrid*, ó la *brillante concurrencia*, etc., etc., se compone de individuos de ambos sexos que no se divierten si no están juntos.

El español de posibles, como dice el vulgo, no es feliz en París, ni en Londres, ni en Viena. A los dos meses de permanencia en una gran capital, se aburre, se desespera y se vuelve á su Madrid..... Pero no es la *nostalgia* en toda su pureza la que le trae; es que allí no le conoce nadie, no repara nadie en su traje nuevo, ni en su coche flamante, ni en el abono del teatro, ni nadie le saluda, y se le pasan cuatro ó seis días sin encontrar á un conocido que diga:—Ahí va Fulano conde ó marqués, ó banquero, bien acomodado ó bien vestido.—La sociedad de Madrid es una botica. Cada frasco debe llevar en letras muy gordas el nombre del contenido.

Si vais por las tardes á la Castellana, veréis siempre las mismas personas en los mismos coches, los mismos jinetes en los mismos caballos: esas mismas personas son las que estarán de fijo por la noche en el teatro real (primer turno), ó en el Circo (lunes), ó en Apolo (martes), etc., etc. Esas personas son las que constituyen *la gente conocida*. El público pasea en el Prado, en el Retiro, en la Montaña; va en una misma noche al Circo, al Español, á la Zarzuela, á Variedades, á Eslava, á Capellanes, á la Plaza de la Paja ó á la de la Cebada. Para ese público no hay lunes, ni martes, ni miércoles preferido; para ese público no existe día de moda, porque va al teatro á divertirse ó á olvidar sus penas. El día de moda es, pues, una necesidad de las mil personas que no pueden gastar sin que lo sepan sus parientes y amigos, que no pueden estrenar un traje sin que lo celebren ó envidien sus relaciones, que no pueden amar sin que la gente se entere, y que no pueden ser novios, amantes ó casados sin poner á disposición de su círculo sus afecciones, sus amores, sus guiños, sus sonrisas, sus brillantes, sus flores, sus blondas, sus pieles, sus manos, sus pies, sus brazos, sus hombros, sus bocas, sus ojos, y todo lo que con, en, por, sobre ó

para ellas se hace en este pícaro y deshonesto mundo, tan defectuoso como cosa hecha en siete días, según una frase de Miguel de los Santos Alvarez.

Ahora, con el permiso de todo el que tenga la impertinencia de darse por aludido, examinemos el teatro en el día de moda.

Tended la vista en derredor uno de esos días en que la pícara vanidad nos reúne en la sala de un teatro á todos los que voluntaria ó forzosamente (porque no hay fuerza motriz superior al amor propio) nos lleva á figurar entre la *gente conocida*, y notad conmigo un triste fenómeno económico, cuya sola observación puede captar al cronista la enemistad de muchas gentes.

En un palco la duquesa de ***, cuya colosal fortuna conocemos todos; en otro el banquero ***, cuyos innumerables millones son una verdad confirmada; en otro un propietario acaudalado; en el de más allá un grande de España de los que aún no han perdido ó malgastado sus rentas; aquí un ex-ministro á quien nadie negará su breve enriquecimiento: todos esos pueden haber gastado durante toda la semana diez veces más de lo que representa su palco, su coche, su vestido.

Pero fijémonos en los palcos de enfrente, en las butacas donde están mezclados *pêle mêle* los astros y los satélites, los soles y las estrellas, la luz y el reflejo. ¿Quién puede explicarse que al lado del banquero enfrente del opulento duque, detrás del propietario y delante del usurero figuren con idénticos trajes, en iguales asientos, con el mismo satisfecho semblante, el modesto empleado de diez mil reales, la viuda sin pensión, el artista sin fortuna, el teniente de reemplazo, las hijas del cesante, la esposa del auxiliar, el vago de oficio y el pollo sin carrera?

Y no hay que dudarlo: la misma modista hizo el traje para la duquesa y para la *comandante*; el mismo sastre viste al banquero y al auxiliar de la dirección; de la misma tela es la falda de la gran señora y de la alegre viuda. Todos han tomado las camisas de casa de Escribano, el frac de la de Caracuel, los guantes de la de Arroyo, las botas de la de Cayatte, el sombrero de la de Aimable. Madama Honorine trabaja sin descanso día y noche para todas estas elegantísimas mujeres. La igualdad ante la renta es asombrosa en los países en que no se paga. Pues bien: declarémoslo con franqueza: al solo anuncio del día de moda, del turno brillante, todo el mundo quiere ser *buena sociedad*.

A medida que progresa la democracia, todo el mundo se viste de frac y se codea con el duque; conforme va desapareciendo el privilegio y el tratamiento, se multiplican los grandes señores. La verdad es que cuando los palcos regios estaban vacíos, cada palco parecía un trono. Somos muy democráticos, pero desdichado del cronista que se olvide de nombrar á la señora progresista ó al miliciano con excelencia. ¡La guerra nos devora, las contribuciones nos arruinan, los donativos para los heridos no se acabarán nunca! ¡El cupón no se paga! ¡La Bolsa baja! ¡La cosecha se pierde! ¡Los madrileños no tienen razón, mejor dicho, la han perdido! ¡Pues hay más que acudir al *día de moda* para convencerse de que cada uno es tan rico como el acreedor permite? Y ese día de moda es Madrid retratado en grupo fotográfico: porque en cuanto Madrid se entera de que hay un día en que la gente que va al teatro es *distinguida*, y de que tal vez el nombre del concurrente saldrá en letras de molde, no hay remedio, todos, grandes y chicos, altos y bajos, pobres y ricos, nobles y plebeyos *necesitan competir* en rumbo y en *posibilidad*, porque el *día de moda* es el resumen de la inmoralidad presente y de la ruina total futura. Es la soberbia de los grandes, luchando en las postrimerías de una nación con la envidia de los pequeños.

EUSEBIO BLASCO

MAYO

EN LA MONCLOA

¿Te acuerdas? La mañana tibia y pura
Vertía en torno, con la luz, el fuego.

Risueño despertar del claro día,
Caricias de la tierra y de los cielos.

Las flores generosas nos prestaban
Perfumes que aromaban los senderos,
El sol los muros de hojarasca umbría
Con sus flechas de oro iba rompiendo.

Todo en dulce embriaguez sumía el alma:

Reposo, soledad, quietud, silencio,
Deseo, juventud, belleza, encanto,
Confianza, pasión, dicha, misterio....

La primavera que inflamaba el aire,
El amor que inflamaba nuestros pechos;
En el ambiente palpitando Mayo;
En nuestros labios palpitando un beso!....

LUIS ALFONSO

Mayo de 1874.

COSAS DE ANTRUEJO

I

SIN NOVEDAD

Entre las glorias innumerables que circundan de esplendorosa corona la villa y capital de Antruejo, refule particularmente para los doctos, su Biblioteca Museo, sita en el local del Instituto provincial, donde han recaído una y otra merced de la historia, pues en todo tratado, monografía ó discurso académico que de la fecunda comarca de Albaladejo se trate, hálase de la villa antruejense como centro de números y hospedería de musas.

Por lo demás, en su Instituto la verdad es que nunca ha pasado nada. La vida de aquel sabio centro de retóricos, geógrafos y físicos, está sujeta á ese patrón clásico que consiste en que nada despunte ni sobresalga. Se suprime el disgusto y la alegría en la vida clásica, como la frase y la metáfora en la página académica. Los días han desfilado por aquella sala rectangular llena de libros y cuadros, como unos señores pausados y graves, embutidos en su casaca negra, con sus piernas honradas de medias de seda carmesí, con su peluca bien peinada, su sombrero trípico bien puesto en ángulo recto con la línea facial, y con el bastón de caña en la mano derecha. Uno tras otro, en monóto, no desfile, han ido trascurriendo los días del Instituto, sin que uno solo de ellos salga de la línea á hacer ó decir algo notable ó terrible; á proferir un grito que escandalice al oído ó una frase que admire al pensamiento....

Así sucedían las cosas.... cuando de repente la fila de días se rompió. Uno de ellos sale al frente, echa á correr, se acerca á mis cuartillas, pone su mano en mi hombro, y agitando su sombrero con la izquierda, me habla de esta manera:

II

VAMOS Á VERLO

Yo soy el 3 de Noviembre, que me encapoto de nubes, lloro chubascos, estornudo granizos y me ando entre los ardores estivales y las helazones del invierno. Ni hago sudar, ni produzco constipados. ¡Agradable medianía cómoda y sana!....

La sala Biblioteca Museo del Instituto provincial de Antruejo hallábase anoche tan tranquila como siempre. En los estantes de libros dormían sueño feliz millares de volúmenes. En las altas paredes refleaban la luz de la luna los cuadros recién barnizados, obra de cien generaciones de pintores. De repente abrióse la puerta de un estante, y salió por ella un personaje envuelto en un colete de ante, bisunto por las coyunturas, y dando un suspiro se sentó en un banco, estiró sus piernas, que bien tendrían su milla de largas.

El reloj de larga péndola dorada sonó su música de timbales y trompetería, y dijo:

—Ahí tenéis á *Don Quijote*.... son las doce.

Un extraño rumor se oyó en toda la biblioteca: estremeciéronse los libros; unos se empujaron á otros, se apretaron para salir de la estrechez de las tablas; de un tomazo colosal, que parecía una catedral encuadrada, salió el *Conde Ugolino* con una pantorrilla filial entre los ensangrentados y agudos dientes; de uno de los lienzos mayores que estaban en el testero de la fachada, saltó ligeramente la *Venus* del Ticiano, jugando con sus rizos de oro y seguida de su gozquecillo, que olía las patas de los sillones y en ellos desahogaba instintos dominados por los tres siglos que llevaba de inmovilidad en el eterno cuadro. Toda una torre de librillos menudos que habían arrimado á la pared se derrumbó, y al esparrancarse las ojas, desencuadrándose algunos

pliegos por estar mal cosidos, salieron *Juan Valjean* con la faz lívida y el ceño áspero; *Cándido*, lleno de malicia inocente; *Atala*, llorando, y *Werther*, armado de sus pistolas de suicida.

Tras la alambra que encerraba un armario, se asomaron algunas carillas animadas y burlonas.

—¡Abridnos, compañeros!—decían.—Puesto que esta noche es la gran fiesta del arte, permitidnos acompañaros.

Eran *Don Pablos*, que se embozó lindamente en su astrosa y agironada capilla; *Fray Gerundio de Campazas* y el *Dómine Cabra*, que andaban, el primero mondando un periódico retórico y el otro una chuleta sin carne.

De un rincón salieron tristes los engendros del misticismo métrico, y parecían, al andar en procesión de los lamentos y ayes, cohorte de desengaños, cuando aún no habían probado la carne de la vida, amasada de mieles y acíbares, dulzona y amarga como el elogio del enemigo.

Las *Meninas* de Velázquez aparecieron con su andar de pato, y orgullosas de su fealdad ó presumiendo de bonitas, quisieron ponerse al lado de *Venus*.

—¡Oh!—dijo *Ugolino*.—¡Cuán triste fin el mío! ¡Morir de hambre,

—Como yo—afirmó el *dómine Cabra*.

—Sois unos desventurados materialistas. Yo he muerto de amor—gimió *Werther*.

—Yo de ilusiones—dijo *Don Quijote*.

—Yo de que no me amaran—exclamó *Atala*.

—Yo de que me amaran demasiado—repuso *Venus*.

Quasimodo apareció y agitando sus manos de alimaña, dijo:

—Soy lo más feo del orbe.

Y las *Meninas* pidieron la palabra para defender á un ausente: á *L' home quirrit*.

De un viejo mamotreto, lleno de telarañas y con una larga mancha de sangre en la encuadernación, que parecía una cinta de señal, surgió *Hamlet*, haciéndose el cabello, y *Falstaff* bebiendo un frasco de licor, y los extraños actores del *Cuento de Invierno*, en caravana fantástica. Cargado de cadenas apareció *Segismundo*, y loca de orgullo *Cleopatra*, separados ambos por el *Alcalde de Zalamea*, que quería poner orden, haciéndoles notar el error en que los dos estaban: pues ni la vida es sueño, ni es vanidad, sino un andar trémulo por dos sendas paralelas, de verdades la primera y de ficciones la segunda.

Como de un bajo relieve, envueltas en sus paños de pliegues pétreos, saltó de un facistol colosal la tropa toda de genios de la Grecia, representada en sus obras. *Policrates*, el del historiador de Halicarnaso, venía jugando con su anillo. *Gorgo* y *Praxinoe*, las hijas predilectas de Teócrito, salían muy tristes de que sus flores se hubiesen marchitado, porque no hay primavera que sobreviva á tantos siglos. *Piloclean* de Aristófanes, venía sacudiéndose á manotazos las abispas que en la comedia le asaltaron el rostro. *Oceano*, *Prometeo* y las *Euménides* aparecieron después sollozando; pero sus ayes y gritos fueron oscurecidos por un ruido de muchas aves que venían volando. Eran aves nocturnas: se escondieron en los rincones, huyendo de la luz, y desde allí hacían las muecas más raras y fenomenales: eran los *Sueños* de Quevedo y los *Caprichos* de Goya.

¿Quién fué el que tomó la voz? ¿Fué *Don Quijote*? No: fué el *Señor Grandet*, el avaro que, no queriendo gastar tiempo, dijo:

—¿A qué hemos venido? ¿Para qué se nos ha citado?

Entonces fué cuando habló *Don Quijote*, que dijo:

—Todos estamos cansados de los genios incompletos. Los númenes que nos han engendrado, con ser los más altos ejemplos del espíritu y las únicas razones que disculpan la existencia de la humanidad, han sido censurados por la crítica. Ni uno solo ha dejado de tener algún defecto. ¿Quién puede vanagloriarse de no ser el defecto de su autor? De mí dicen que en mis segundas aventuras no estuve tan feliz como en las primeras. De *Hamlet*, que ha imitado los hechos de otro.... De cada uno trae en lenguas la crítica algún chismecillo. (*Aplausos en todo el concurso*.)

—Es preciso—continuó el Orlando español—que reunamos en un solo hombre todos los talentos que andan desperdigados en nosotros. Yo, mi fantasía; ese, su razón; estotro, su sensibilidad; quien el dominio de la lengua patria; quien la aljaba de agudas flechas de la sátira; quien la llave de las lágrimas.... Hagamos concurrir en un solo cerebro humano cada una de nuestras condiciones más aplaudidas, y dejando todos sobre su frente nuestro prestigio, engendrémosle espiritual-

mente tan acabado y sin yerro que no haya crítico que pueda tomárselo en mientes si no es para elogiarle.

Todos se manifestaron conformes, y sabiendo que aquella noche había dado á luz la mujer del portero del Instituto, acudieron al lecho de la parturienta, y vieron un infante desnudo que aún tenía los ojos cerrados. Todos le bendijeron, haciendo entrar en la blanda mollera la llama del arte.

—Este.... será el poeta perfecto—exclamaron.

Y la asamblea se disolvió como una columna de humo cuando sopla el viento.

III

DESENLACE

Ahora bien; continuó el día 3 de Noviembre. No se ha podido ver si la bendición de las artes produjo su efecto, porque aquel niño.... se volvió loco.

Y el secretario del Instituto, que es *Arcade de Roma*, me ha explicado la moraleja de lo ocurrido, diciéndome:

—La perfección es una maravillosa virtud que pesa tanto, que el hombre no puede con ella.

J. ORTEGA MUNILLA

ANTE UNA IMAGEN DE CRISTO APLASTANDO A LA SERPIENTE

(DEL FRANCÉS)

Mal quebrantaste ¡oh Cristo! la cabeza
De ese inmundo reptil con que tropieza
Doquiera, en su camino, la verdad:
Preso aún en sus roscas tiene al mundo;
Sus dientes, de la herida en lo profundo
Clavados siente aún la humanidad.

Tú nos juraste, abriéndonos tus brazos,
Que ya reunir sus lívidos pedazos
No podría la víbora cruel;
Que tú nuestro rescate pagarías.
¡Solo tú!—que en tu Dios á dar venías
Un padre al hombre; á Dios, un hijo en él.

Dos mil años van ya.... ¡mas en espera
El hombre yace aún!.... Sube á la esfera,
Angel del Porvenir, do el Padre está:
Dí que sus dones tardan demasiado;
Que honda noche á la aurora ha reemplazado,
Que el hombre pierde la esperanza ya!

NICOLÁS PUÍZAN W..

(Colombiano)

EL FIN DE UNA RAZA

(Conclusión)

IV

Amaneció un día con el viento al Sur, casi en calma; el cielo sonrosado con algunas nubes aturbonadas; la bahía como un espejo; la mar como un lago; la temperatura á placer; el campo verde y fragante; las flores meciéndose sobre los tallos; los árboles entreabriendo sus henchidas yemas y asomando por ellas las tiernas esmaltadas ho-

las, que se estremecían y se desplegaban al sentir por primera vez el calor de los rayos del sol vivificante; la sonora voz de las campanas de todos los templos llenando de armonías el espacio, y el movimiento y la circulación, interrumpidos por la solemnidad de los días anteriores, restableciéndose bulliciosos en todas las arterias de la población.

—¡Hermoso día!—exclamaban las gentes de tierra encaminándose a continuar los suspendidos negocios, ó frotándose las manos a la puerta del almacén, ó contemplando la naturaleza desde las entreabiertas vidrieras del gabinete. Y el fervoroso cristiano que volvía del templo, lleno su corazón de místicos regocijos; y el célibe egoísta que, empujando el *roten*, se desperezaba a la puerta de su casa, dispuesto a emprender el higiénico paseo extramuros; y el labrador afanoso que arrea la yunta y dirigía el arado para abrir el primer surco en su heredad; y el bracero menesteroso.... cada cual a su manera, saludaba con himnos del corazón aquel inolvidable *sábado de gloria* de 1878.

Así llegó el sol a la mitad de su carrera, y el afán de los hombres al descanso del mediodía. Entonces se alzaron súbitamente remolinos de polvo en las calles de la ciudad; azotó la cara de los transeúntes una ráfaga de viento húmedo y frío; oyóse el chasquido de algunas vidrieras sacudidas contra la pared; cubrió los cerros del Oeste un velo achubascado; nublóse repentinamente el sol; tomó la bahía un color verdoso con fajas blanquecinas y rizadas, y comenzó a estrellarse contra las fachadas traseras de la población una lluvia gruesa y fría.

—Un *galernazo*—dijo la gente con mucho sosiego.—Después del Sur, era de esperar.

Y el que tenía que se puso a comer; y el que había comido ya, se tendió a dormir la siesta ó a chupar el clásico cigarro delante de una taza de café.

Según la gente de tierra, no había ocurrido hasta entonces cosa que no fuera en Santander cosa muy natural y corriente; y en verdad que no era para dejar pálido a nadie la rotura de algunos vidrios, unos cuantos paraguas vueltos del revés, tal cual sombrero arrancado de su correspondiente cabeza, y alguna que otra falda encaramada más arriba de lo acostumbrado.

Y sin embargo, uno de aquellos instantes, pasados casi inadvertidamente para la gente de la ciudad, había producido a la vista de ella, como quien dice, el desastre más espantoso que registran los cántabros anales.

Noticias de él fueron los alaridos que comenzaron a oírse luego por las calles entre la gente marinera: madres clamando por sus hijos; esposas, por sus maridos; hijos, por sus padres; hermanas, por sus hermanos. Aquello era una desolación, y sus clamores atravesaban el alma con un puñal. Corrían los desventurados, pálidos los rostros y los ojos sin lágrimas, porque para los grandes dolores no existe el consuelo de ellas, buscando en los ojos de los demás una respuesta que nadie podía darles; lo que hacía el contristado espectador era agregarse a ellos y seguirlos, como si el mismo infortunio le empujara. El rumbo de tan tristes cortejos era el muelle, donde había ya una muchedumbre con los ojos clavados en la boca del puerto. El temporal había cesado casi por completo en tierra, y de la mar sólo se veía una parte de su furia, estrellándose espumosa y rugiente sobre las tristes *quebrantas*. Conociase una parte del desastre lo que de él habían presenciado los pescadores de tres lanchas, únicas que hasta ahora habían logrado volver al puerto. Citábanse nombres, y se pintaban escenas de horror y de heroísmo. Las lanchas habían llegado medio anegadas; sus tripulantes con la palidez de la muerte en el semblante, mudos y consternados, con las ropas ceñidas al cuerpo, empapados en agua muchos de ellos, con el hercúleo torso desnudo. No les aterraba la idea del peligro en que se habían hallado, pues de otros no menores habían salido con sereno espíritu, sino el cuadro de muerte y desolación que habían contemplado sus ojos entre la furia de la galerna.

Hablábase mucho en los apretados corrillos; oíanse los lamentos de los que ya nada esperaban y de los que temían, y no faltaba quien, para desvanecer tristes presentimientos; hiciera risueños cálculos; pero siempre flotaban sobre el llanto y las conversaciones, como respuesta a una pregunta, que no se cesaba de hacer esta frase:

—¡Todas están allá!

¡Todas! Nunca esta palabra tuvo sonido tan triste y pavoroso. Todas; es decir todas las lanchas de *altura* estaban en la mar, y sólo tres habían vuelto al puerto.

Corriendo aquellos minutos que parecían siglos, vióse otra, y luego la quinta, rebasando el promontorio de San Martín. Cada una de ellas

fué saludada por un rumor que no puede pintarse con palabras ni con sonidos.

Cerca ya del anochecer, y después de dos horas de esperar en vano los que en el puerto lloraban, y cuando la vista más sutil no había podido distinguir desde los puntos más elevados de la costa ninguna lancha en la mar, ya había tiempo sobrado para tener noticias de las que pudieran haberse refugiado en boquetes ó ensenadas; faltaban siete.

Preguntóse por ellas a todos los puertos y fondeaderos del litoral; pero aquellas preguntas se cruzaban en el camino con otras análogas que los preguntados hacían a Santander, y sólo sirvieron para dar a conocer en su horrible extensión el desastre de aquel día memorable. Desde Fuenterrabía a Cabo Mayor había hundido el azote de la galerna en los abismos del mar *trescientos ocho hombres* en brevísimos instantes.

En este espantoso cúmulo de víctimas, tocábanle sesenta al gremio santanderino.

¡Jamás la muerte acechó a los hombres con mayor astucia, ni los hirió con más implacable saña!

Aunque la caridad, virtud de los cielos, amparó entonces, como siempre, a todos los desvalidos, por igual cada corazón sintió lo que estaba más patente en su memoria, y la mía la ocupó toda Tremontorio.

Preguntando por él, supe que también había salido a la mar aquel día y que era de los pocos que se habían salvado de la catástrofe, casi milagrosamente, pero que, con lo terrible del trance, los golpes y la frialdad del agua a sus muchos años, habíase puesto a punto de morir.

No me satisface con estas noticias y quise verle, y lo conseguí.

Le hallé tendido en un pobre lecho, pálido, cadavérico, pero muy tranquilo y en reposo. Cuidábale otro marinero que a su lado estaba de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho. No me era extraño este personaje, y, en efecto, después de contemplarle unos instantes, conocí en él al Tuerto. Pero ¡qué viejo, que encanecido, qué anguloso y encorvado le hallé!

Como mi presencia no podía chocar allí en aquellos días en que la caridad no cesaba de llamar a las puertas de los naufragos, logré que el viejo pescador me recibiera mucho mejor de lo que yo esperaba de su rudeza habitual.

—Y ¿cómo se encuentra Vd. ahora?—Llegué a preguntarle.

—Con el práctico a bordo desde ayer—me respondió con su voz de siempre, aunque más premiosa.

—Será por exceso de precaución—dijele, comprendiendo su náutica alegoría y deseando darle alientos.

—¡Qué precaución, ni qué.... tiña!—me replicó muy fresco.—Soy ya casco viejo, vengo desarbolao, el puerto es oscuro y la barra angosta.... ¿Para cuándo es el práctico, si no es para ahora mismo?

—Tiene Vd. razón—le dije, viéndole tan sereno.—En estos trances, se prueba el temple del espíritu. Ya veo que el de Vd. no necesita remolque.

—No, gracias a Dios que me da más de lo que merezco. Ochenta años; no haber hecho mal a naide en una vida tan larga; haber corrido tantos temporales y venir a morir en mi cama, como buen cristiano y al lado de un amigo, ¿no fuera cubicia y desvergüenza pedir más, retaña?

Lo admirable de estas palabras está en que eran ingenuas, como todas las que salieron de la misma boca durante tantos años.

Seguimos hablando por el estilo, cuidando yo de encomendar la menor parte de la tarea al enfermo para no fatigarle, y conduje la conversación al extremo que deseaba.

Y pregunté, después de encauzada a mi gusto:

—Pero ¿no hay algún síntoma, algún anuncio de esos temporales?

—¡Anunciol....—exclamó Tremontorio, mirándome con una sonrisa más amarga que el agua de las olas.—¡Anuncio, retaña!.... ¡Pues si hubiera anuncio de eso!.... Está usted en su lancha como la hoja en el árbol, ni quieto ni andando; la tierra a la vista, la mar como una taza de caldo; un sí es no es de turbonada al horizonte.... ¡Retaña! na, porque así se puede estar un mes entero.... Este cariz no es pa que naide pique las amarras.... Pus, de súbito, le da a usted en la cara un poco de brisa; observa usted el Noroeste, y ve usted venir, echando milas, a modo de una jumera, encima de una mancha parda que va cubriendo la mar, con un ruterute, que no parece sino que el agua se despeña por las costas abajo. Al verlo y al oírlo, la sangre se cuaja en el cuerpo, y los pelos se ponen de punta; arma usted los remos, iza una miaja de trapo pa ver de correr por delante, y ¡tiña! antes que se de la primer *estropá*, ya está *aquello* encima.

—¿A qué llama Vd. *aquello*?

—¿*Aquello*?..... *Aquello*, señor, yo no sé qué sea, si no es la ira de Dios que pasa; *aquello es la última*; la de abrir la costilla de las culpas y encomendarse á la Virgen Santísima; la de dejar la tierra pa sinfinito y clamar por los suyos los que tienen en ella las alas del corazón.

—Bien; pero ¿qué sucede allí en esos momentos terribles?

—Y ¿lo sabe alguno, por si acaso?..... ¡Retiña! faltan ojos y tiempo pa mirarlo..... Está usted en un jirvor de espuma que zarandea la lancha, como si fuera cáscara de nuez; ese jirvor se levanta..... y vuelve á bajar; y al bajar, cae sobre usted; y al caer, usted no sabe si caen peñas ó qué cae, porque quebranta y ajoga al mismo tiempo; y al abrir usted los ojos, ¡tiña! ni hombre, ni lancha, ni remo, ni costa, ni cielo, ni na. ¡Allí no hay más que estruendo y golpes, y espuma y desamparo!..... ni voz para clamar á Dios, porque en aquella tremolina no se oye uno á sí mismo! Un trastazo le echa á pique, y otro le saca á flote; la cabeza se atontecé, y el que mejor sabe nadar, trata de olvidarlo pa acabar cuanto antes.

—Pues á Vd. de algo le ha servido el saber nadar, puesto que logró salvarse donde tantos otros perecieron.

Mírome el hombre con torvo ceño, y díjome con profundísima convicción:

—¡Ni pizca, tiña!

—¿Cómo salió Vd. á tierra si no?

—Porque Dios quiso, y ciego será quien no lo vea.

Metíome en mayor curiosidad esta respuesta, y rogué al valiente pescador que me contara el suceso. Resistióse á complacerme, con bruscas evasivas, y entonces tomó parte en la conversación el Tuerto, y me dijo:

—Verá usted lo que pasó, señor, porque juntos nos salvamos los dos. Llevónos la galerna, en un decir Jesús, á dos cables de San Pedro del Mar, y cuando contábamos que no pararíamos hasta embarcar en la arena, un maretazo, como yo no he visto otro, nos puso la lancha quilla arriba. Al salir yo á flote, de todos mis catorce compañeros no quedaba más que éste, á unas seis brazas de mí. A los demás—añadió el Tuerto con voz trémula y muy conmovido—no he vuelto á verlos hasta la hora presente. Como la lancha había quedado entre dos aguas, tuve la suerte de agarrarme á ella; pero ese otro infeliz se vió sin otro amparo que sus remos naturales; y no era poco, porque á saber anadar, no hay merluza que le meta mano. En esto, la mar nos fué atracando el uno al otro; y ya estábamos al habla, cuando la suerte le puso un remo delante. Agarróse á él, y descansó una miaja. Pero notaba yo que no se valía más que de un brazo para agarrarse, y no sacaba el el otro hacia el remo, ni le movía para ayudarse. ¡Anade y atráquese! —le gritaba yo—hasta que llegué á darle una mano—que después ya podrá agarrarse á la lancha.—¡Qué más quisiera yo que poder anadar, retiña!—me respondió.—Pues ¿por qué no puede?—Porque me jalaron mucho los calzones. Parece que tengo toa la mar metida en ellos; y á más á más, se me ha saltao el botón de la cintura.—¡Arríelos, puño!—¡Tiña, que no puedo!—¿Por qué?—Porque esta mañana se me rompió la la cinta del escapulario, y le guardé en una faldriquera.—¿Y qué?—Que si arrío los calzones, se va á pique con ellos la Virgen del Carmen.—¿Y qué que se vaya, hombre, si no es más que la estampa de ella?—Pero está bendita, ¡retiña! y si ella se va á fondo, ¡quién me sacará de aquí, animal!—Hay que tener en cuenta, señor, que la mar era un infierno, y tan pronto nos sorbía como nos soltaba..... A cada palabra, un maretazo nos tapaba el resuello, ó nos cubría con más de diez brazas; y al salir á flote, no hallaba uno quien le respondiera, ó asomaba por onde menos era de esperar. Dios quiso que no nos separáramos, cosa mayor en aquel poco tiempo, que fué mucho menos del que yo empleo en contarlos; porque la sola vista de otro ser humano le anima á uno á bregar en tales casos. ¡No sabe Vd. la agonía que se pasaba en el instante en que salir á flote se veía uno solo! Volviendo al caso, digo que al hablar este compañero las últimas palabras que yo he repetido, vino encima de mí, sin saber cómo, y agarróse á la lancha. Al mismo tiempo se alzó á barlovento una mar como no ha visto igual hombre nacido; pensé que aquel era el fin de nuestras vidas, si no del mundo entero; desplomósenos encima, y para mi cuenta; entonces, allí fenecimos, porque ni más ví ni más oí, ni más sentido me quedó que una chispa de él, para acabar una promesa que estaba haciendo á la Virgen del Mar (y cumplí al otro día, como era justo). Pero á lo que parece, aquel desplome de agua nos echó á tierra con la

rompiente, porque allí nos alcontramos los dos al volver del atontamiento, cerca de unos baos de la lancha y con astillas de ella en las manos. Vino gente, nos recogió, nos dió abrigo y aquí nos trajo; al señor, en el estado en que usted le ve, ó poco menos, y á mí, como si nada hubiera pasado, que de algo vale el ser joven y haber sorbido mucha desgracia. Lo cierto es, señor, que si el estar vivos los dos á la presente no es un milagro de Dios no he visto cosa que más se le asemeje.

—¿De modo que Vd.—dije al Tuerto con la intención de saber algo de su vida desde que volvió del servicio—ha dejado su casa por venir á cuidar á su amigo?

—Mi casa es esta—respondió secamente el Tuerto.

—¿No tiene Vd. familia?

—Me queda un hijo, que anda navegando en un vapor; todo lo demás está ya en el otro mundo..... no contando al señor, que ha sido un padre para mis hijos y para mí.

Muy poco más duró nuestra conversación. Al despedirme, tendí la mano á aquellos heroicos y honrados marineros, y dije al moribundo: Alcides del Cabillo de Abajo.

—Hasta la vista, amigo.

—¿Y por qué no, tiña?—me respondió dando á mis palabras mayor alcance del que yo les había dado. Marineros semos todos de la mar de acá, y en rumbo vamos del mismo puerto. Si el diablo no nos le cierra, yo mañana y Vd. otro día, en él hemos de fondear.

—Quíralo Dios así—repuse desde lo íntimo de mi corazón pensando en las virtudes de aquel hombre admirable.

V

Dos días después subía por la cuesta de la Ribera un carro fúnebre conduciendo un ataúd enorme, y seguido de numeroso cortejo. Pregunté y supe que en aquel ataúd iba el cadáver de Tremontorio. ¡Dios sabe lo que pasó entonces por mi alma! El cortejo se componía, casi exclusivamente, de gente marinera, y preciso fué que me lo advirtiesen para que yo cayera en ello, pues á juzgar por el vestido, lo mismo podrían ser aquellos hombres jornaleros de taller ó *caldistas* al menudeo; tanto abundaba entre ellos el hongo fino, la americana, la gorrita, de seda, el pantalón ceñido y hasta los botitos de charol. Ni huellas del traje clásico de los días de fiesta de los castizos mareantes; la ceñida chaqueta y los pantalones y la boina de paño azul oscuro, y ésta con profusa borla de cordoncillo de seda negra; corbata, negra también, y también de seda, anudada sobre el pecho y medio cubierta por el ancho cuello doblado de una camisa sin planchar, zapato casi bajo y media de color. El Tuerto, que iba materialmente embutido entre las dos ballestas traseras del carro, era el único que recordaba un poco lo que él mismo había sido antes. La raza indígena, pura en esencia y presencia, del mercante santanderino, tal cual existía aun desde tiempo inmemorial, diez ú once años ha, iba en aquel ataúd á enterrarse con Tremontorio, porque bien puede asegurarse que éste fué el último de los ejemplares castizos y pintorescos de ella.

Justo es, por tanto, que yo le registre en mi cartera antes de que se pierda en la memoria de los hombres.

Sobre los restantes del gremio ha pasado ya el prosaico rasero, que nivela y confunde y amontona clases, lenguas y aspiraciones.

La filosofía lo aplaude y lo ensalza como una conquista. Hace bien, si tiene razón; pero yo lo deploro, porque el arte lo llora.

JOSÉ DE PEREDA

ALABANZA DE LA MONEDA

El dinero, para hermoso, tiene blanco y amarillo; para galán, claridad y refulgencia; para enamorado, tiene saetas como el dios Cupido; para avasallar las gentes, tiene yugo y coyunales; para defender, tiene castillos; para noble, león; para fuerte, columnas; para grave, coronas, y al fin, para honra y provecho, lo tiene todo.

El dinero tiene tres nombres: el uno por fuerte, el otro por útil, y el otro por perfecto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir munición y fortaleza; por útil se llame pecunia, que quiere decir, pejugal ó granjería gananciosa, y por perfecto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno, que es el más perfecto.

QUEVEDO

POESÍAS DE LONGFELLOW

EXCELSIOR

Negra descende la noche,
Y entre sombras y entre hielos
Pobre alde de los Alpes
Cruza gallardo mancebo.
Enarbola una bandera;
La bandera dice: ¡Excelsior!

Su frente es pálida y triste;
Su mirar, lampo siniestro;
Su voz, cual clarín de plata,
Que hace resonar los ecos,
En lengua desconocida
Gritando incesante: ¡Excelsior!

En apacibles hogares
Brillar ve placido fuego;
Arriba, cumbres nevadas,
Cual fantásticos espectros,
Y abre su labio un sollozo,
Y sigue gritando: ¡Excelsior!

«Tente, le dice una hermosa;
La sien rechina en mi seno:
Descansa,» y asoma el llanto
A sus ojos hechiceros.
Pero el doncel, sin mirarla,
Marcha suspirando: ¡Excelsior!

«Guárdate bien de las ramas
Que tronchó el rayo al abeto;
Guárdate, dice el anciano,
De traidores ventisqueros.»
Mas ya en la cima lejana
Oye resonar: ¡Excelsior!

Al rayar la tarda aurora,
Cuando en pausado concierto
Los monjes de San Bernardo
Elevan á Dios sus ruegos,
Suena una voz desgarrada
Que á lo lejos grita: ¡Excelsior!

Corre el fiel can presuroso,
Y en tumba de nieve envuelto
Halló al audaz caminante;
Y aun con sus crispados dedos
Ase la extraña bandera,
Donde estaba escrito: ¡Excelsior!

Helado, inmóvil, sin vida,
Pero siempre noble y bello,
Yace el animoso joven;
Y del alto firmamento
Voz dulcísima descende:
¡Excelsior! clamando: ¡Excelsior!

(Traducción de Llorante)

EL ARSENAL DE WOLWIH

¡El arsenal! Del suelo á la techumbre
elévase las armas,
con un órgano inmenso presentando
horrible semejanza.
Ahora ninguna antífona resuena
en sus tubos, que callan;
mas ¡qué salvaje y lúgubre armonía
brotará de sus cajas,
luego que el ángel de la muerte toque
en sus claves extrañas!
¡Qué lamentos! ¡Qué horrible miserere
mezclado á sus sonatas!
Oír creo ese coro inmensurable
de agonía y de ansias,
¡cruel gemir, que atraviesa las edades
y hasta la nuestra alcanza!

Bajo del casco y el arnés resuena
el martillo sajón,
y por los bosques cimbrios escucho
del normando la voz;
y aun más estrépito, destacándose
del inmenso clamor,
de lejanos desiertos en el fondo
muge el tártaro yong.

Con siniestro badajo, desde lo alto
de torre palacial,
escucho la campana florentina
al combate llamar,
y veo á los aztecas sacerdotes
en sagrado portal
sus tambores de pieles de serpientes
sanguinarios tocar.

De cada aldea ardiendo y del saqueo
entre el marcial pavor,
oigo los gritos de la muerte ahogando
toda extrema oración,
y en medio del pillaje y la licencia
de soldadescos atroz,
de las hambrientas plazas asediadas
los aullidos de horror.

Oigo mugir los bronce, de sus quicios
las puertas estallar;
el fuego de fusil; de los aceros
el rápido chis-chas
al cruzarse enconados, y sobre esta
armonía glacial,
el trueno de la ronca artillería
escucho retumbar.
¡Y con esa ¡oh mortal! estrepitosa
maldita confusión
de la madre natura, ahogas la dulce
y benévola voz!
¡Y con esos malditos instrumentos
de destemplado son,
el concierto armonioso impío turba
del divino cantor!

Del infame poder que llena el mundo
de duelo y de pesar
y del oro empleado en los combates
sólo con la mitad,
hubiérase el espíritu podido
del error rescatar,
haciendo innecesarios en el mundo
murallas y arsenal.
¡Execración al nombre de guerrero
profunda! Y quiera Dios
que el pueblo que su mano fraticida
ponga en otra nación,
de Caín el estigma, que en la frente
le puso el Hacedor,
lleve sobre su frente, perduráb'e,
como eterno baldón!

(Traducción de Baquero)

EL RELOJ DE ARENA DEL DESIERTO

Trafido del ardiente,
arábigo desierto,
montón de roja arena
llegó á ocupar el seno
de este cristal, que mide
las pisadas del tiempo,
ó, como fiel ministro,
rige mi pensamiento.
¡De cuán remotos siglos
rodó en girar eterno!
¡Cuántas vicisitudes
sufrió esa arena, siendo
de historias mil testigo!
Tal vez en ella impreso
Moisés su pié dejara
descalzo, ardiente, trémulo;
ó el estridente carro
de Faraón soberbio
saltar la hizo en menudas
aristas por el viento;
la holló tal vez María
cuando á su casto pecho,
amante acariciándole,
llevaba al Nazareno,
y santa peregrina,
ardiente en sacro anhelo,
acaso iluminaba
la lobreguez del yermo;
la hollaron los ascetas
acaso, descendiendo
desde Engaddi, á las márgenes
áridas del Mar muerto,
y alzando en viejas rimas
los cánticos armenios;
tal vez las caravanas
que de Bassora lentos
sus pasos enderezan
de Oriente á los imperios,
ó peregrinos, fieles
del hado á los decretos,
que corren á la Meca
de vil temor ajenos,
pasaron, sí, pasaron
por esta arena.... ¡El tiempo
está midiendo ahora
desde ese vaso estrecho!
Y mientras prisionera
en el cristal la veo,
se rompen estos muros
y allá, como entre sueños,
miro las ondulantes
arenas del desierto
y sus inmensas sombras.
Llevado por el viento
en hilo luminoso
raudo se va extendiendo
en columna gigante,
que pone asombro y miedo.
Alzándose soberbia
sobre el ardiente suelo,
avanza la columna,
y su fugaz espectro
dilátase do apenas
le sigue el pensamiento.
Mas la visión se pierde....
En el espacio inmenso
del arsenal que hirviente

lanza rojos destellos;
las puertas cristalinas
cerráronse de nuevo.
Y en tanto, media hora
la arena fué cayendo!

(Traducción de Gutiérrez.)

LOS NIÑOS

Venid, venid, niños,
con risas y gracias
á alejar del ánimo
dudas y fantasmas.
Vosotros á Oriente
abris mis ventanas,
allí por do asoman,
saludos al alba,
dulces pensamientos
que cual aves cantan,
ó frescos albores
de alegre mañana.

El sol ilumina
vuestros corazones;
son vuestras ideas
dulces ruisenores;
y por vuestras almas
arroyuelos corren;
mientras ya la mfa
hieren con sus golpes
los vientos de otoño,
ó cayendo informes
los copos primeros
de hielos traidores.

¿Qué sería el mundo
si no hubiera niños?

¡Ay! Ante nosotros
tinieblas veríamos,
y á nuestras espaldas
desierto infinito.

Son para este mundo
cual savia y rocío
á plantas y flores,
pájaros al nido,
agua á los raudales,
aromas al lirio.

De un cielo más puro,
de un clima más grato
la luz y los aires
por ellos gozamos.

Venid, dulces niños,
venid á mis brazos:
cantad lo que os cantan
las brisas y pájaros:
verted alegrías
riendo y cantando.

Al veros risueños,
¿qué son los trabajos?

Todos nuestros libros,
luchas y enlisesos,
¿qué son do se escuchan
infantiles juegos?

Donde suenan, niños,
vuestros dulces ecos,
todas las baladas
son vanos lamentos.

Vivientes poemas
sois de dicha llenos:
lo demás es triste,
desolado muerto!

(Traducción de Gutiérrez.)

AVES DE PASO

Sombras espesas
caen de los tilos,
que ingente muro
se ven alzar,
cual si quisieran
velar opaco
la luz del cielo
meridional.

Desde las altas
hayas sombrías,
cual la marea
creciendo va,
y por los campos
que nos circundan,
siempre avanzando
la oscuridad.

Pero la noche
tiene hermosura:
llena el ambiente
dulce vapor;
y así parece
que se aproxima
de los lejanos
ruidos el son.

Allá, en atmósfera
tibia y suave,
de las estrellas
al titilar,
con rauda vuelo
gentil bandada
de aves de paso
se ve cruzar.

Ya en la alta esfera,
de sus sonantes
rápidas alas
oigo el rumor,

que al Mediodía
van caminando
desde el oscuro
Septentrion.

Desde la inmensa
celeste cumbre
sus dulces voces
caen sobre mí;
pero sus formas
no se descubren
porque la niebla
cubre el cenit.

Mas no digamos

que de las aves
esos murmurios
cánticos son:
de los poetas
son notas vagas,
gritos de angustia,
trovas de amor.

De sus hermosas

frases aladas
son los sopidos:
son el cantar
de almas que, envueltas
en sus afanes,
tienden el vuelo,
buscando allí

clima más dulce,
y, entre los rayos
de azul y grana,
dejando van
sobre la tierra
por donde cruzan,
cantos de gloria,
cantos de paz!

(Traducción de Gutiérrez.)

EL ANGEL SANDALFON.

En el viejo Talmud de los rabinos
¿no visteis los portentos peregrinos
de la suprema celestial mansión?
¿No aprendisteis allí la dulce historia
de Sandalfón, el ángel de la Gloria
y ángel de la Oración?

A las puertas espléndidas del cielo
el vela siempre con ansioso anhelo,
de pie en aquella escala celestial
que vió de tantos ángeles poblada
Jacob, cuando después de la jornada
durmiese en el erial.

Los ángeles del Aire y los del Fuego
cantan un himno solo, y mueren luego
al espirar el inefable son,
como las cuerdas de la lira, rotas
cuando exhalan más plácidas sus notas,
por su misma tensión.

Mas él, tranquilo en el turbado coro,
oye imposible el cántico sonoro,
y atendiendo á lejano sollozar,
entre querubs y serafines muertos,
los que suben del mundo ayes inciertos
recoge sin cesar.

Ayes del corazón que arde y adora,
suspiros del espíritu que implora
con indecible afán, verdad y luz;
quejas del alma que á su duelo cede,
quejas del alma que llevar no puede
su agobiadora cruz.

Y el ángel esas quejas angustiosas
trueca en violetas, y en jazmín y en rosas
y en guirnalda tejéndolas sin fin,
la divina Sión orna con ellas:
y al cielo dan las florecillas bellas
aromas de jardín.

Yo bien sé que esa bonancible historia
es legendaria fábula ilusoria,
que algún viejo rabino imaginó;
mas su recuerdo sin cesar me aqueja,
y en la anticuada y plácida conseja
mil veces pienso yo.

Cuando en noche serena, á mi ventana
contemplo la azul bóveda lejana
que tachonan doquier estrellas mil,
mi mente audaz, que los espacios hiende,
ve cómo Sandalfón las alas tiende
en éter sutil.

Y es la infinita red que abraza el alma,
es el inmenso afán que nada calma,
y corre en pos del ignorado bien;
es la ambición humana, no vencida
que aún pugna por coger la prohibida
manzana del Edén.

(Traducción de Llorente.)

UN SUICIDA

El que habla ó escribe, bajo la presión de emociones terribles, no es el hombre que conocen sus amigos y sus deudos, es otro muy diferente. Yo que me tomo la libertad de exponer un hecho, del que fui único testigo, al escribir estos renglones, bien puedo decir que no me conozco.

Quizás algún espiritista se explique perfectamente este fenómeno. Pero á mí no puede menos de causarme extrañeza el que, habiendo sido yo en todo tiempo respetuoso y tolerante con las ajenas opiniones, sienta ahora una fuerte repugnancia hacia los que califican de cobarde al infeliz que se envuelve en el funebre manto del suicidio, por no hallar mejor abrigo contra el relente de su infortunio.

Las miserias del prójimo que no tienen remedio, parecen que son dignas de respeto, y entiendo que el hecho de escarnecerlas acusa la carencia completa de sentido moral.

El suicidio es una miseria para la cual no existe, que sepamos, humano remedio. Ya que no pueda impedirse, debe respetarse.

Las brevísimas consideraciones que preceden, á más del horroroso espectáculo que me obligó á presenciar mi no envidiable suerte, fueron sugeridas, por la lectura de unos apuntes, ó notas íntimas, halladas en poder del infortunado protagonista de esta verídica relación.

Era una noche desapacible, en que campaba por su respeto ese viento sutil y penetrante que, si no tiene alientos contra el fulgor de un reverbero, tiene de sobra poder y mala voluntad para llenar de luto á una familia. Había llegado su turno á la estación de los hielos. Un espeso nubarrón, extendiéndose á los cuatro puntos del horizonte, no dejaba percibir un solo astro en el espacio sin límites.

A la sazón yo bajaba por la calle de Segovia, camino de mi pobre vivienda, que no anda muy lejos de la Cuesta de los Ciegos.

Sentía una grande opresión de espíritu, y comparaba la oscuridad de la noche á la incertidumbre que, espesando las sombras del ánimo impide la visión intelectual, su tristeza á la tristeza de un amor sin esperanza, y su frialdad á la helada indiferencia de un corazón egoísta.

Era, pues, una noche muy triste, muy oscura, muy fría.

Movido de impulso soberano, por un fenómeno extraño, del que todavía no he logrado darme cuenta, mi atención, que hasta entonces volara sin objeto, se paró en la balastrada de la margen izquierda del tristemente famoso viaducto, y no quisiera recordar ni podría describir lo que mis ojos, espantados, miraron y vieron.

Como surge el remordimiento en la conciencia del malvado, bajo el cielo oscurísimo de aquella pavorosa noche, vi levantarse una silueta negra, horrenda.

Tal era su negrura que se destacaba claramente de aquel fondo de sombras.

Experimenté una fuerte sacudida: mi vida entera se suspendió, y temblante escalofrío paseó todo mi cuerpo.

La funesta aparición fué alzándose lentamente hasta quedar encastrada sobre la barandilla.

Se tuvo breves segundos perpendicular, enhiesta, rápida, extendiendo los brazos al cielo, como si por última vez intentara separar de sus labios el cáliz de la desesperación, como si formulara su última plegaria, como si lanzara una última protesta.

Un instante hubo en que vaciló.

Solitario espectador del epílogo de un drama que tocaba al desenlace en las profundidades de una conciencia, llegué á figurarme que tal vez su personaje principal retrocedería ante el abismo.

Esta figuración fué como un rayo de esperanza, que aproveché para respirar, y las reflexiones siguientes, con el ímpetu de una catarata, invadieron mi pensamiento.

¡Nadie ha de preservar á ese cuerpo de estrellarse en el suelo indiferente de la calle, que recoge sin amor y sin odio cuanto el azar ó la libertad arroja! ¡Tampoco habrá quien tienda una mano caritativa á esa alma que se despeña en los derrumbaderos del pecado!

Aún no eran formuladas *in mente* esas mismas reflexiones, y ya la sombra espantable de aquel Ser que se escapaba del presidio de la vida por la ventana del suicidio, abandonando su apoyo, semejante á colosal ave nocturna, herida en las tinieblas, hendía el espacio oscuro en espiral horrorosa hasta chocar y destrozarse contra la acera....

Un célebre escritor ha dicho que la angustia suprema es muda, y es verdad; yo no proferí el más leve grito, y apenas si pudo alterar el silencio de aquella noche el sordo é inefable ruido, ocasionado por el golpe de una masa humana lanzada de tanta altura.

Fué tan honda y tan viva mi impresión al contemplar aquella desgracia irreparable, que me supuse objeto de abrumadora pesadilla, ó transportado á la región de las quimeras. Por fin, y violentándome no poco, conseguí creer á mis propios sentidos.

Con la necia esperanza de prestarle algún socorro, me acerqué al infeliz; aquel miserable, como los estoicos, había encontrado en la muerte el alivio de sus penas.

Al tocar su corazón, que vibraba todavía al impulso del último latido, unos papeles, asomando al bolsillo exterior de su gabán, picaron mi curiosidad lo suficiente para que un deseo irresistible de conocer los móviles de su trágica resolución, que otra cosa no podía contener aquel cuaderno, me condujera á violar los secretos de un cadáver cometiendo quizás una profanación.

Vencido fácilmente un átomo de escrúpulo, que no pude menos de experimentar al despojar á un cuerpo muerto, recogí aquellas cuartillas

que, á no ser por mí, dormirían el sueño eterno en el empolvado archivo de una escribanía de actuaciones: y por calmar mi ansiedad, y no ver el soñoliento semblante del Juez de guardia me apresuré á salvar los umbrales de mi casa.

Al cabo de algunos minutos arrellanado en mi no muy confortable cama, á la luz de una bujía, procuraba satisfacer, leyendo aquellos papeles, mi vehemente curiosidad; y si el espacio lo permitiera, para escarmiento de ilusos que toman en serio las humanas desventuras, reproduciría aquí íntegro el desdichado mamotreto.

No se me impedirá, sin embargo, que para muestra aproveche esta ocasión, é inserte dos fragmentos de aquel manuscrito, que revelan dos estados diferentes en el espíritu de su autor.

A propósito de las lucubraciones de este hombre vulgar, practicaré un trabajo de exploración con los laberintos de la humana conciencia. El primero de los dichos fragmentos ha servido de guía en esa enmarañada selva que se llama cerebro, que tiene por árboles gigantes los pensamientos profundos y las arraigadas condiciones, y cuyas malezas y arbustos los forma el monte bajo de los conocimientos superficiales. Después de recorrido, en la parte en que haya sido posible el desbroce, me valdré del segundo trozo como de una linterna que alumbrará mi camino al aventurarme en ese bajo fondo que se llama corazón, en el cual no cesa el trabajo de zapa de las pasiones desbordadas. He aquí lo que decía el primer fragmento.

¡Qué difícil es tomar la embocadura á esta vivificación! Nunca se está á gusto y jamás el corazón palpita satisfecho. Muchas son las esferas de la humana actividad; pero, vamos á ver, ¿cómo se ha de conducir un ente, dentro de cualquiera de ellas, para cumplir la misión que se le ha trazado por.... por quién?.... Averíguelo Vargas. El entendimiento humano, por grande que sea la energía con que se aplique á vislumbrar siquiera la sombra de ese Ser Supremo que el hombre supone (nada más supone) dirige el espectáculo ordenado de la Creación, no ofrecerá otro resultado que la seguridad de nuestra impotencia para lograr tal descubrimiento.

«Todos los días se descubre algo: un volcán entre los hielos del polo; una chispa de amor en el corazón de una coqueta, un germen de civilización en el interior de Africa; la marcha de una estrella en los hermosos campos del firmamento; pero no se descubre, y esto es bien triste, un solo continente de verdad en los procelosos mares de la filosofía.

»Pero en realidad, el Ser ¿tiene una misión? Se cree que la tiene. ¿Por qué? Tal vez porque tiene conciencia de esa misión. No obstante, se objetará, esa conciencia puede ser falsa. ¿Quién es capaz de probar que este sentido íntimo de nuestra misión no lo forma una pasión de vanidad, parecida á la que hace entender á un necio que él es hombre de talento? Partiendo del axioma de que el hombre sólo está seguro de lo que cree, quien nos diga creencia, ¿no nos dice conciencia, ó convencimiento pleno de aquello que creemos? Un necio tiene de sí la opinión de que posee un talento superior; y como lo cree firmemente, para sí tiene la conciencia de poseerlo; está íntimamente convencido de que tiene talento. Luego si al hombre se le concede que tiene una misión, por la conciencia de que la tiene, preciso será reconocer el talento del necio, por la conciencia, por la firme persuasión en que está respecto á su indiscutible suficiencia intelectual.

»Juzgo que lo dicho convencerá al más recalcitrante de que no sabemos fijamente, si tenemos ó no, una misión que llenar en el peor de los planetas habitados.

»Sospechamos que tenemos una misión: pero la sinceridad de nuestro espíritu nos fuerza á reconocer y á confesar que la sospecha no es una afirmación, ni mucho menos una verdad. Vivimos, pues, de hipótesis.

»A esto dirán que no los partidarios de muchas religiones positivas, y nos hablarán de la formación del mundo, como si hubieran asistido al acto inaugural de la creación; y nos contarán las delicias de la otra vida, como si hubieran estado allí, y otra porción de zarandajas que traen á la memoria por una parte lo de «Soñaba el ciego que veía» y por otra aquello de «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

»Después de todo, el que no se consuela es porque no quiere.

»Nosotros, sin embargo, por nuestra desgracia, no somos de los que sienten esas alegrías de corazón.

»Somos ciegos que no vemos, ni aun soñando. Esta es la verdad.

»¿A qué hacerse ilusiones? ¿Por eso nos amarga la persuasión de que el Ser conscio haya venido á esta tierra al acaso y arbitrariamente?

»Y aquí brota una nueva cuestión: ¿Debo limitarme al hombre al hablar del Ser conscio, ó he de abrazar bajo este respeto á todos los seres? Esta exclusión de los animales que no son el hombre, nos hace pensar en los políticos adocenados y ministros chirles que por espacio de algún tiempo excluyeron de la legalidad á partidos y elementos valiosísimos para la mejor y más cabal gobernación de un Estado. Yo y los míos, diría para su capote el republicano adocenado, somos los únicos capaces para el gobierno. Yo, el hombre, soy el único animal conscio. La misma lógica existe para lo uno que para lo otro.

»Esta exclusión, hay que ser francos, constituye una tiranía, una injusticia, una arbitrariedad, que sólo puede inspirar la egolatría eso que ha dado en llamarse *satánico*.

»Las cosas tienen sus esencias y sus accidentes. El hombre tiene

más conciencia que un mono, que á su vez tiene más conciencia que un perro. Un caballo piensa más que una tortuga, como esta tiene más clara idea de las cosas que una cucaracha. Sin embargo, en puridad, se puede afirmar que todos poseen la misma conciencia, variando sólo en el *más* y en el *menos*: es decir, en los accidentes.

»En todos los seres, más clara ó más turbia, existe la conciencia; una mosca se reconoce distinta de la araña, como un soldado bisonño se juzga diferente de alguna vecina de la calle de la Justa. Ejemplos de esta clase brotan innumerables, con sólo observar las dramáticas relaciones de las infinitas especies que componen la escala zoológica. Por eso entiendo que el problema de la misión no debo contraerlo exclusivamente al hombre, pues sería arbitrario conceder esa misión al género humano y negarla porque sí á los demás géneros relativamente inferiores del reino animal.

»Decía que el hombre no está seguro, cierto de que le está señalada una misión; cree tenerla y nada más. Pero ¿no es también absurdo y hasta insostenible, que el hombre, y con el hombre el medio en que vive, y todo lo existente sea mera producción de la casualidad? ¿Acaso la casualidad es capaz de producir algo?

»Este admirable concierto de lo infinitamente grande, y de lo infinitamente pequeño, que sin duda tiene una dirección absolutamente sabia (no sé por qué ha de ser absolutamente sabia) ¿ha de haber dispuesto la relación de unas partes con otras *ad libitum* caprichosamente en este todo inconmensurable para cuya grandeza son estrechos recintos los moldes de la humana suposición? Eso no debe ser. Pero... ¿quién sabe si será? No obstante lo caprichoso es pequeño, y como tal, compadecerse no puede con lo grande. Pues admitiendo, porque no se puede menos de admitir, que cada una de esas partes ocupa su lugar determinado, con su cuenta y razón, merced á esa misma dirección del Todo, no hay duda de que cada una de ellas tiene que llenar su papel: es decir, su misión, secundando dentro de su esfera de acción particular, la obra general de la marcha de los mundos, y demostrando eso mismo de cumplir la misión la preexistencia de la propia misión que, si no existiera, no podría cumplirse.

»Se ve que para probar (á cualquier cosa se le llama probar) la verdad de nuestra misión en la tierra, hay que valerse de procedimiento *ad absurdum*; tenemos, pues, una misión, porque sería absurdo no tenerla. Bueno: es decir, malo; es decir, qué sé yo.

»Volviendo á mi punto de partida (ya era tiempo) decía que siendo diversas las esferas de nuestra actividad, ¿cómo hablamos de movernos dentro de ellas para cumplir nuestra misión? Nuestra vida tiene un fin, y hay que realizarlo, si hemos de ser dignos del grado más alto ó más bajo, que alcanzamos en la serie de vivificaciones que atraviesa el Ser....

»Alto: parémonos aquí; *Serie de vivificaciones que atraviesa el Ser....* Esta especie la he visto yo en alguna parte, quizás en algún libro de quien gustó perder el tiempo con estas generalidades; pero si mi memoria no ha perdido su esfuerzo, creo recordar que aun antes de verla escrita, esta especie se impuso á mi pensamiento y me hizo cabilar más de una semana. En alguna parte yo había leído la confirmación de otra idea, brotada espontáneamente en mi conciencia respecto á que el *yo* es insubmergible; que la materia que constituye nuestra forma, entendiendo por tal la figura de las cosas en el espacio, cambia y se modifica esencialmente, mientras que el alma, es decir, el *yo* esencialmente persiste; que no es comprensible la justicia de Dios si no hay para el Ser más que una vida, ó lo que es igual, una vivificación, porque ese decantado atributo de Dios, no puede casarse con la diferencia de destinos humanos; pues dentro de la relatividad en que vivimos, hay entes saludables y enfermizos, hermosos y feos, valientes y cobardes, etc., etc.; demostrando la poca equidad de Dios en el repartimiento de las buenas y de las malas cualidades entre los hombres.

»No he querido hacer referencia á la riqueza y á la pobreza, porque esta desigualdad no es invencible. En una misma vida se puede ser, y el caso no es raro, convertirse en potentado el miserable y viceversa; lo que no se puede hacer á despecho de los progresos de la ortopedia, es un hombre esbelto, de un jorobado, ni de un chiquitín un buen mozo, ni de un feo un bonito, como tampoco de un imbécil un genio. La distancia que separa á Cuasimodo de Febo es infranqueable, en tanto que es facilísimo vadear el poco caudaloso río, en cuyas opuestas orillas se miran respectivamente la escasez y la abundancia de los bienes de fortuna. La utopía de repartirse los pobres la riqueza de los poderosos, ha tenido realidad en más de una época; nunca pensaron, sin embargo, los raquíticos en repartir la robustez, ni los feos en repartir la hermosura, no obstante ser la hermosura y la robustez elementos de bienestar por lo menos tan valiosos como las riquezas.

»Esta consideración me lleva como por la mano, á meditar acerca del problema social y de sus soluciones. Podrá ser una solución para el proletario la cesión de terrenos hecha por los grandes propietarios, bajo ciertas condiciones de fácil cumplimiento por parte del jornalero. Pero ¿habrá por esto más felicidad, que es lo que el hombre con más ansia persigue desde que nace puede decirse? Ya me figuro á un potentado endeble y raquítico, cediendo parte de su fortuna á un robusto proletario sin que éste dé á aquél en compensación la más mínima parte de su fuerza y robustez. No hay que darle vueltas. El problema quedará siempre insoluble, que nunca lloverá á gusto de todos.

»Pues bien; estos abismos que separan las distintas condiciones humanas cargando á un lado las ventajas, y á otros los inconvenientes, ¿no acusan una flagrante injusticia en el autor, indiscutiblemente original de la naturaleza?

»En distintas épocas de la historia, los sufrimientos acumulados por la miseria y la injusticia, han levantado nubes tan espesas en los horizontes de la humanidad que, á la corta ó á la larga, estallaron en tempestades revolucionarias, corriendo los miasmas de la opresión y de la tiranía, y mejorando lo fuerte de la clase más abatida y numerosa de la humana familia, que pudo prosperar, aunque muy poco, en el camino de su regeneración; y como la ley del progreso se impone á la conciencia imparcial y severa, es fácil adivinar que llegará un día en que el sol de la justicia ilumine hasta los últimos rincones de la sociedad; habrá, pues, justicia, pero ¿habrá asimismo felicidad? La vista más perspicaz y profética, rasgando las brumas del porvenir, no columbra la felicidad, y esto nos llega al alma á todos sin excepción. Es por demás abrumador eso de cerrar los ojos para siempre. No cabe en mi conciencia que la materia transformándose incesantemente sea eterna; y que el *yo* persistiendo también incesantemente, no sea eterno.

»Pero no acaban aquí mis desvaríos. Poca cosa son las diferencias entre los humanos si se parangonan con la diversidad existente entre los seres superiores é inferiores. Unos y otros son obra de Dios y acreedores por lo tanto á su justicia.

»¿Es justo que un reptil sea siempre un reptil, que un paquidermo lo sea siempre, y que esto mismo suceda á las demás animalidades, ora las que viven arriba, ora las que se agitan abajo? La contestación no podrá dejar de ser negativa, si no hubiera más vida que la presente para todos los seres: pero creyendo en una serie de vivificaciones que atraviesa el Ser, hallo que la justicia de Dios es cuestión de tiempo, y que el desdichado de hoy es el dichoso de mañana, como el afortunado de hoy es el infortunado de ayer.

»Esta misma fórmula cuadra también á los distintos órdenes de seres: el carnívoro de hoy es el roedor de ayer, como el cuadrúmano de hoy es el bímano de mañana. Ya que no es una prueba, me parece ver un indicio de la verdad que encierran mis afirmaciones en las metamorfosis de algunos seres rudimentarios; por ejemplo, el gusano y la mariposa.

»Quisiera saber lo que no sé, para desenvolver cumplidamente estas extrañas teorías. Pero mi atención, jamás cultivada, es tan débil, que no puede aplicarse á los estudios serios. Me agrada más soñar que pensar, y la pereza de espíritu y de cuerpo es la nota más saliente de mi carácter.

»Mi conciencia me acusa con sobrada razón de no hacer nada, y como nadie se acostumbra á los remordimientos, sufro mucho de considerar el tiempo que he perdido, y más todavía de pensar que me hallo imposibilitado y sin vigor alguno para la llegar á la meta de la verdad.

»El estudio de Dios si es que Dios es estudiable, me atrae me subyuga; pero nada más.

»De ahí no paso. ¿Dios es mi punto de partida ó mi punto de llegada? ¿Vengo yo de Dios ó voy á Dios? Si todo lo creado procede de Dios ¿Dios á su vez de quién procede? De nadie. Eso se dice muy pronto. Vamos á ver; ¿de dónde arranca Dios? No se sabe. ¿Por qué no se sabe? Porque no; no hay otra razón. ¿Medrados estamos! Esta ignorancia indecible es una iniquidad. Esto no puede, no debe quedar así.

»¿Daría mi alma al diablo por ser diputado de la oposición de un ministerio, presidido por el Padre Eterno para anunciar al mismo Dios una interpelación respecto de esta ignorancia, que no vacilo en llamar la peor de las irregularidades en la administración del universo!...

No me fué posible seguir leyendo este trozo, á causa de que una perplejidad, enteramente muda para mí, se iba poco á poco apoderando de mi ánimo, sin que ya me fuera dado calificar la extravagancia que en un principio noté de los anteriores raciocinios.

Este hombre—me preguntaba yo—¿es un pensador ó un pobre diablo?

Y no sabía qué responder. Debo advertir que los paréntesis y frases subrayadas que se encuentran en el trozo inserto, lo mismo que en el que vendrá después, no son de mi cosecha, puesto que, juzgando debía reproducir el original sin moderación ni aditamento, así lo he verificado.

Supongo que á nadie llamará la atención que después de una lectura tan extraña como la que ofrezco al público, poniéndole de manifiesto el cerebro de un suicida; por las razones indicadas al principio, yo me exprese con la vacilación que se notará en los párrafos siguientes, toda vez que es mucha verdad el refrán castellano de que «Un loco hace ciento».

No repuesto de mi perplejidad en vista de un desorden tan ordenado de ideas y juicios, sospeché que quizás un vicio de educación ó una educación esmerada, la falta de método, de plan y de sistema, ó tal vez un exceso de sistema, de método y de plan, esto ó aquello, ó ambas cosas á la vez, había echado á perder una cabeza organizada medianamente, produciéndose el suicidio por una indigestión de pensamientos y de ideas, ó quizás por haber digerido muy bien éstas y aquéllas. ¿Quién sabe!

No he de volver sobre el fragmento anterior, que denuncia la manera especial de discurrir un hombre que, en la apariencia no se distinguía de los demás. Ha llegado el momento de franquear las puertas de su corazón.

Pasemos adelante y veremos el extremo de su exquisita sensibilidad.

Por su extensión, que podría parecer exagerada, omitiré el comen-

zo de este último trozo, que semeja un memorial de agravios á un ser querido, dándome á entender que estas amorosas disquisiciones fueron la gota de hiel que hizo rebosar la copa de su amargura.

Casi se pueden contar los latidos de su corazón, y del fondo negro de su pensamiento vese destacar la procesión de sus desesperadas imaginaciones. Desciende á minuciosidades de una soñada luna de miel que en el cielo de su mísera existencia no luciría nunca, y se le mira dejar la escritura, rompiendo la pluma al apretarla contra la cuartilla que tiene delante, en la que ya no traza más que puntos suspensivos, porque los dolores atroces del alma no caben en ninguna forma del lenguaje. Los papeles crujen oprimidos bajo su mano febril, que los introduce en el bolsillo de su sobretodo; se escuchan sus pasos cuando deja su habitación y baja la escalera, y se barrunta su marcha tortuosa é interrumpida por las meditaciones, cuando se encamina al lugar del siniestro, con la idea del suicidio aferrada á la cabeza. He aquí el testimonio escrito de sus últimas quejas.

«No puedo menos de pensar en tí, cuyo amor trocaría en gloria el infierno en que vivo. Durante el sueño no viene á mí tu imagen, porque está escrito que yo ni aun en sueños he de ser dichoso.

»Tal vez esto sea perder el tiempo! Valiente cosa me importa á mí el tiempo!... Nada, acabaré en el suicidio. El hombre únicamente responde de sus actos voluntarios; sin voluntad, no hay responsabilidad.

»Tengo yo la culpa de concebir ilusiones contra todo el torrente de mi voluntad? No. Pues entonces, ¿por qué es tan brutal el castigo que la realidad me impone? ¡Dios! ¿En dónde estás; en qué consiste tu justicia? ¿Por qué á mí no me es dado ser feliz como los demás?...

»He pasado, bien entrada la noche, por una calleja oscura, hedionda, estrecha y descuajada de transeúntes. En el hueco de una puerta viscosa, muy cerca de un montón de inmundicias que exhalaban pestilentes miasmas; extendiendo á un buen trecho una atmósfera de letirina, he sorprendido á dos amantes unidos estrechamente, amparados por la negrura y la fetidez, desarrollando al contacto de sus bocas una electricidad de paraíso. Los effluvis del amor fumigaban aquella zona de peste. Y para aquella pareja que se embelesaba en el éxtasis de la mutua contemplación, la oscuridad que los envolvía, era el sonrosado de la aurora en los meses de primavera, aquellos miasmas el incienso de pebeteros orientales; eran felices; se amaban.... Una envidia suprema empuñó mi corazón, y redujo mi alma hasta el extremo de echar de menos el microscopio: ¡era yo tan dichoso!

»Cuando se ha bajado el último peldaño del sufrimiento, se ha escapado ya del corazón el postrero arranque de generosidad! ¡Ay, no me faltaba más que la mezquindad de mi alma para ser un miserable completo! ¡Oh! He aquí otra forma de las desventuras, que por todos los flancos me molesta y por todos los frentes me acosa! Un hombre grande lo ha dicho. ¡Todos tenemos atmósfera respirable, y si nos falta nos ahogamos y morimos! Morir por falta de amor, es horrible.

»La asfixia del alma! Y mi alma se ahoga desde que no recibo de tí, á quien adoro más que al mismo Dios, otra cosa que un desdén y frío silencio; frío sí, como el que se siente en los labios cuando se besa la frente de un cadáver!

»¿Qué pena tan grande es la de renunciar á esas ilusiones, trasunto de la vida de los ángeles que al principio de la juventud se forja todo hombre.

»Amor.... noches de luna.... misteriosas rejas.... miradas que se encuentran.... Párpados que se humedecen con el rocío de entrañable cariño.... Fulgor de pupilas que la adoración ilumina.... Suntuosos trajes de boda.... Pies primorosamente calzados.... Broches que la impaciencia arranca y cintas que desata la vehemencia.... Nido de amor.... Lechos dorados.... Rojas colgaduras.... Sábanas blancas como el candor que bajo ellas se cubre.... Formas esculturales.... Sagradas brumas.... Paraíso terrenal.... ¡Desvanecerse todo en la explosión de una pistola y en el rebote de una cabeza, ensangrentada que choca en el empedrado!!!»

Aquí terminaba el manuscrito. Durante la lectura de esta parte final ¿por qué he de ocultarlo? no quise hacerme superior á mí mismo ni á la conmoción que me embargaba. Dejé que por mi mejilla resbalase una lágrima de simpatía y de ternura hacia aquel corazón, á quien seguramente no llegó á comprender el objeto de su amor, como él mismo no comprendía los ocultos designios de la providencia.

Apagué la luz.

Algún tiempo me faltó la tranquilidad indispensable para dormir, y en el espacio que tardó el sueño el cerrar mis párpados y desvanecer el sentido de la realidad, estuve pensando que mientras no se sane el cerebro de ciertas ideas en descomposición, y no se logre extraer del corazón determinadas pasiones que lo socavan como se arrancan á veces las raíces de un cáncer, la justificación de los hombres rectos, honrados y buenos ha de ver siempre más de una circunstancia atenuante en la terrible decisión del que, juzgando su propia causa, resuelve condenarse á la última pena.

JOAQUÍN VÁZQUEZ

LA CRUZ DE ALCOLEA

Entre el verde sembrado, en la llanura
Que baña el sol con su brillante luz,
A cuyo pie murmura
Del claro Betis la corriente pura,
Se ve una pobre Cruz.

Rudo montón de movediza piedra
Constituye su humilde pedestal,
Y en torno ni una yedra,
Ni un oscuro ciprés, ni una flor medra
De recuerdo en señal.

Abandonada allí, tosca y sombría,
Representa una historia de dolor,
Y se levanta pía
Protegiendo la fosa triste y fría
Donde vive el honor!

JOAQUÍN BARASONA Y CANDAN

CONCHITA

I

Una hermosa tarde de primavera, sentado yo en una de las innumerables sillas que en largas filas adornan el paseo de Recoletos, tuve el placer de conocer á Conchita.

Era entonces una hermosa niña de siete años, de cara menuda, ojos negros llenos de viveza y expresión, labios frescos y dientes de marfil; sus mejillas parecían capullos de magníficas rosas, y su cabellera negra caía en desordenados rizos por su frente y sobre sus hombros.

La recuerdo bien; jugaba á la ocasión en que por primera vez hablé con ella, con una infinidad de pequeñuelas que en confuso torbellino se perdían por los jardines, atropellando cuanto á su paso encontraban y lanzando exclamaciones de alegría.

Ella corría entonces con otras dos ó tres de su edad tras un aro que una de ellas lanzaba rodando. Sin reparar en mí, Conchita, lo lanzó una vez y lo hizo llegar adonde yo estaba. Lo cogí, y la niña, que venía riéndose á carcajadas á recogerlo para continuar su juego, al verme con el aro entre las manos, cesó de reírse: se detuvo, y luego se acercó un sí es no es respetuosa.

Cuando estuvo casi á mi lado me dijo, extendiendo la mano y haciendo un mohín gracioso:

—Es nuestro, estamos jugando con él y....

—Toma—le dije interrumpiéndola—toma, que yo no voy á quedarme con él.... pero antes ven, acércate y dime cómo te llamas.

La niña muy confiada ya y como si fuese una amiga antigua, se acercó más, y asiéndome mi bastón, me dijo:

—Yo me llamo Concha, pero todos me llaman Conchita.

—Bien, pues, Conchita, toma tu aro y además toma y toma.

Y diciéndome y haciendo le dí el aro, un caramelo y un beso.

Conchita, alegre como unas pascuas, tomó el aro y el caramelo, echó á rodar el primero y se fué con sus alegres compañeras.

II

Después de esta primera entrevista, casi todas las tardes la alegre Conchita venía hacia mí, y unas veces cogía mi bastón entre sus diminutas manos y empezaba á hacer rayas en la arena del paseo; otras, más formal, se sentaba sobre mis rodillas y enredando con el medallón de la cadena de mi reloj, entablaba graves conversaciones conmigo. Entonces supe todas sus cuitas: cual de su amiga era buena, cual entre ellas era la que más corría y la que mejor jugaba el aro. Estas conversaciones se prolongaban hasta que, cansada de ser formal, se despedía de mí llevándose su correspondiente caramelo, y perdíase entre las demás corriendo y lanzando alegres gritos.

¡Qué hermosa estaba entonces con su vestido blanco como la nieve, adornado con grandes lazos azules! ¡Qué linda parecía cuando cruzaba ligera por entre los árboles del jardín, con sus cabellos sueltos y las cintas de los lazos azules agitadas por el viento!...

Conchita tenía además un carácter angelical. Una eterna sonrisa adornaba sus labios. En todo el tiempo que duró nuestra amistad, sólo una vez vi brotar lágrimas de aquellos sus ojos negros, pero las vertió en ocasión solemne, cuando no pudo menos, pues ella, decía no lloraba nunca, porque las niñas que lloran se ponen muy feas.... y parecen mal.

Otra vez recuerdo haberla visto triste: fué una tarde en que dándole en vez de un caramelo, como solía, un cartucho de los de la Mahonesa, la dije:

—Toma, Conchita, y despídete por ahora, al menos de los caramelos.

—¿Pues?—me dijo tomando el cartucho de caramelos con una mano, al mismo tiempo que dejaba caer de la otra su inseparable aro.

—Pues.... nada—le contesté—que me marchó de Madrid.

—¡Ah!.... ¿y no vendrás mañana por aquí?.... ni mañana ni otro día.

—No, me marchó hoy y en una porción de tiempo no vendré por aquí, con que despídete.

Ella entonces miró el cartucho de caramelos, y en vez de un beso me dió dos ó tres.....

Luego, desapareció entre las demás compañeras....

III

Cuando trascurridos unos meses tuve ocasión de recorrer otra vez el largo paseo de Recoletos, busqué á Conchita, pero por más que hice no pude encontrarla.

Esperé la época de las flores..... pero todo fué inútil; los árboles reverdecieron, las niñas volvieron á cruzar alegres por los jardines, pero Conchita no pareció.

IV

Cuando el recuerdo de Conchita apenas si ya existía en mi memoria, paseábame una tarde por el Retiro y llamó mi atención un magnífico carruaje que se detuvo cerca de mí y del cual se apearon una elegante mujer como de treinta y tantos años y una niña que lucía un traje costosísimo.

Me fijé principalmente en esta última que se apeó del carruaje con aires de persona mayor, imitando en cuanto se lo permitía su estatura las maneras y los modos de la que acompañaba; la seguí por el placer de ver cómo aquella muñequita se las manejaba en su papel de gran señora; y á fe que se las manejaba á las mil maravillas.

Marchaba con gran parsimonia, marcando con un ligero movimiento de cabeza el compás de su marcha; los brazos, un tanto delgados, los llevaba pegaditos al cuerpo y sacados con alguna violencia hacia atrás; por encima de sus hombros, yendo tras ella, se percibía el movimiento solemne y regular de su enorme abanico.

A la ocasión cruzó cerca de ella un caballero, el cual saludó haciendo un semicírculo en el espacio con su sombrero. La señorita inclinóse desde los pies á la cabeza, un poquito en el sentido del lugar por donde el caballero aquel cruzaba, dijo á la señora su *compañera* unas palabras y continuó su marcha tan tiesa como antes.

Llegaron, por fin, al extremo del paseo y dieron la vuelta ambas mujeres. Entonces pude ver el hermoso rostro de la dama y el de la niña.

Nunca pienso recibir mayor sorpresa. La niña era Conchita, la misma que hacía algún tiempo se sentaba sobre mis rodillas. Era ella, con sus cabellos negros y sus mejillas de rosa, un poco más alta y más rígida, pero ella al cabo. Tenía en su labios la sonrisa aquella de antes, pero pude observar que su sonrisa entonces era un recurso de coquetismo, pues había en ella un algo más que no había cuando jugaba al aro.

Me fijé al pasar á su lado, con gran insistencia, pero..... cruzó tan tiesita, moviendo acompasadamente su cabeza, manejando con gran estudio el abanico y luciendo en sus labios un gesto de persona satisfecha.

A pesar de mis seguridades dudé un instante si sería la misma Conchita, pero una niña á quien saludó con un ligero roce de guantes y un beso suavísimo; la llamó por el mismo nombre.

Llegó á poco al punto donde su carruaje la esperaba, subió con su acompañante y desapareció.

Ahora bien; Conchita era ya una mujer á los ocho ó nueve años, ó al menos, sabía tanto como una mujer: saquemos la consecuencia.

La consecuencia puede resumirse en estas frases de un gran escritor, que pongo aquí, á guisa de moraleja de mi cuento: «siendo así de niñas, ¿como queréis que los maridos duerman tranquilos?»

ADOLFO POSADA

RIMAS

Si supieras amar, ¡yo te adorara!
Si supieras sentir, ¡yo enloqueciera!
Y tierra, cielo y mar, fueran pequeños
Para encerrar ventura tan inmensa.
¿Qué quieres? Dime..... ¡Responde! ¿Que me llene
De oprobio y de vergüenza
Por dar satisfacción á tus caprichos
Y á tus locas empresas?
¿Qué me darás en cambio? ¡Miserable!....
¡Caricias y ternuras,
De esas que vendes á tus mil amantes
A costa de impudencia!
¡Guárdalas!..... No derroches tus caudales,
Que la horrible miseria
Acecha en los umbrales de tu alcázar
Para hacer en tí presa...!

ACADEMUS

LOS DOS POLOS

(ACUARELAS.)

I

Yo las conozco.
Huérfanas de padre y madre, lo son igualmente de la fortuna.
Aquéllos, los perdieron muy jóvenes aún; ésta, les abandonó ha poco tiempo y cuando estaban muy acostumbradas al goze de sus dones.
Ambas pérdidas fueron así doblemente sensibles.

Carecieron de los cariños maternos que infiltran en el corazón los goces de la familia, y les faltaron los prudentes consejos de un padre, únicos que preparan y fortalecen convenientemente el espíritu para la adversidad.

Han vivido siempre juntas; pero no en familia.

Caracteres diametralmente opuestos, no pueden entenderse mutuamente.

De nada sirve que un mismo seno les diera vida, que un mismo techo las cobije, que iguales sean sus necesidades y que recíprocamente estén auxiliando ó necesitando la una á la otra.

No existe entre ellas ni aun ese amalgamamiento de caracteres que enjendra un infortunio común.

Sienten de distinta manera. Eso es todo.

Y yo entiendo que nada hay tan difícil de medir como el sentimiento.

Puede asegurarse que conseguirlo es imposible.

Todo consiste en el modo de apreciarlo.

Y en ellas se observa que un mismo sufrimiento cambia sus efectos según cual lo experimenta.

Una recibe la mala noticia con irritado dolor, se convence después de la impotencia de su quebranto para contrarrestar el mal, y suelta una franca carcajada. La otra, escucha el relato que la angustia, con triste sonrisa dibujada en el semblante, y feliz si logra que lleguen y y rebosen por sus ojos las lágrimas que la ahogan silenciosamente.

Una, es el águila altiva que reta al mismo sol con la mirada.

La otra, es una tórtola que muere sin exhalar un quejido.

II

Hasta para que el contraste sea mayor, la naturaleza tuvo el capricho de hacerlo públicamente ostensible.

Esta, es rubia, esbelta, de estrecha cintura, seno recogido, cutis blanco, transparente, suave y ojos azules. Es una ondina.

Aquella, es morena, de negrísimo y abundoso cabello, complexión nerviosa, excitante, facciones angulosas y enérgicas, y ojos negros, vivos y chispeantes. Es una driada.

La de los ojos azules, parece haber reunido en ellos toda la dulzura de nuestro límpido cielo.

La de los ojos negros, nadie duda escuchándola que posee toda la gracia de Andalucía.

Hasta los nombres parecen escogidos expresos.

Esta se llama Manuela. Casi manola.

Aquella María de la Soledad.

Manuela oculta sus fatigas y se ríe, por no empañar la alegría que necesita á su alrededor.

Soledad llega hasta consolar á sus escasos amigos del pesar de verla triste.

En todos sus actos, cada cual á su manera se muestran como víctimas valerosas del infortunio.

Sería arduo el problema de decidir cuál de las dos sufre más.

Manuela, teniendo á mano el destino, lo abofetearía.

Soledad lo avergonzaría, mostrándole su crueldad y que no son bastantes todas las amarguras para ahogar la dulzura de un corazón.

Así son ellas. No son tipos que invento ni modifico. Yo las conozco: así se manifiestan.

Pero donde más claramente ponen de relieve los más recónditos pesares de su alma, al par que la diferencia que mutuamente las caracteriza, es en la música.

Cuando á solas ambas hermanas no ven otra cosa que el fondo de sus pensamientos, de lo que un día aprenderían por capricho, moda, ó presentimiento, sacan inagotable torrente de misterioso consuelo.

La guitarra, lira de Andalucía, corazón con fibras sonoras, lanza en manos de Soledad, ya tristes y melancólicas notas, á que dan vida los suspiros de su alma, ya débiles y apagados sonidos, que se pierden y deshacen como sus esperanzas, ó ya, por fin, enérgicos cuantos henchidos de valentía y de sentimiento, mitad lamentos mitad gritos de furor, que llegan hasta el alma de la enérgica Manuela, conmoviendo su ser como ruda corriente galvánica.

Y entonces, ésta, con una lágrima en los ojos y la ira en el semblante, echa valientemente atrás su cabeza; cubre su contraída boca de delgados y rojos labios, y con voz sonora, enérgica, dulce y brillante, lanza con tan infinita como inimitable cadencia alguno de esos cantares que encierran en cuatro palabras todo un poema.

Después..... la guitarra enmudece, la voz calla y los párpados se cierran.

Tras el sufrimiento el sueño.

III

Un día, las amargaba cruel pesadumbre.

Aquel día, Soledad tocaba como nunca; flotaba su pensamiento convertido en torrentes de armonía.

En tanto que Manuela con voz conmovida cantaba:

Si comparo mi pesar
á los que veo sufrir,
de ver algunos llorar
me dan ganas de reír.

MANUEL P. DE ARANDA.

LA MUSA VERDE

Á JACINTO OCTAVIO PICÓN

En el vaso tallado y luciente
Fulgura el ajeno
Como el ojo de un tigre, ó las ondas
De un lago sereno.

Bebe ansioso el licor de esmeralda
Un pobre bohemio,
Un vicioso poeta, y se abisma
En plácidos sueños.

De repente, fantástica, surge
Del vaso de ajeno
Una virgen de túnica verde,
Y rostro siniestro.

Sus pupilas están apagadas
Como un astro muerto;
Y en sus lívidos labios la risa
Parece un lamento.

Es la virgen la horrible *locura*,
Que abraza al bohemio,
Y se lanza con él á un abismo
Fatídico y negro.

MANUEL REINA

Mayo, 1883.

EL VELO NEGRO

(DE CARLOS DICKENS)

I

Una noche del mes de Diciembre de 1881, al sonar las diez, una mujer, con el rostro cubierto por espeso velo, se presentó á las puertas de la casa de un médico de Londres, solicitando con urgencia su ayuda para una persona en trance de muerte.

La desconocida hablaba con un calor, con una sinceridad, que conmovieron desde luego el corazón del hombre de ciencia. Era joven, daba los primeros pasos en su carrera; no había tenido todavía tiempo para contraer esa insensibilidad que ahoga toda emoción en el práctico emérito, acostumbrado á ver, á palpar el dolor, bajo todas sus formas.

Se levantó con precipitación.

—Si la persona de quien Vd. me habla, se halla en un estado tan desesperado como da Vd. á entender con sus palabras, no podemos desperdiciar ni un momento. Estoy pronto á seguirla ahora mismo. ¿Por qué no ha buscado Vd. antes un médico?

—Porque todo hubiera sido inútil antes; porque ahora mismo nada podemos hacer—replicó la desconocida juntando las manos con desesperación.

El doctor dirigió una mirada profunda al velo negro que permanecía echado; hubiera querido ver la expresión de las facciones que ocultaba, pero el espeso tejido imposibilitaba toda observación.

—Está Vd. enferma, sin saberlo quizá—repuso el joven con voz afectuosa.—La fiebre ha dado á Vd. fuerzas para resistir á tan crueles agitaciones, á tan dolorosas emociones, pero ahora la está consumiendo. Beba Vd. esto (y llenó un vaso de agua), cálmese Vd. un poco, y dígame con sangre fría de qué naturaleza es el mal que padece la persona cuya salud tanto la inquieta; dígame Vd. si hace mucho que está enferma. Tan luego como haya reunidos los datos suficientes para que mi visita produzca algún resultado favorable, soy con usted.

La desconocida se llevó el vaso á los labios sin levantarse el velo, lo volvió á dejar sin tocarle, y prorrumió en sollozos.

—Sé que mis palabras parecen dictadas por el delirio de la fiebre. Ya me lo han dicho otros con menos miramientos que Vd. No soy joven, y cuanto más se acerca á su término la existencia, más cara y más preciosa es; no obstante, sacrificaría gustosa la vida en este mundo, con tal de lograr que lo que le estoy relatando no fuese tan rigurosamente exacto como lo es. El ser de quien hablo estará mañana fuera del alcance de la ciencia; lo sé, por más ilusiones que trate de hacerme; y sin embargo de que está en este instante en manos de la muerte, no puede Vd. verle, ni asistirle en nada.

—Señora, temería aumentar su dolor, discutiendo con Vd. lo que me dice, ó haciéndola preguntas sobre un asunto que parece querer ocultar en el misterio más profundo; pero permítame Vd., al menos, que la diga, que en lo que me está revelando existen circunstancias de una inverosimilitud chocante, y que no concilian bien con lo que por

otra parte estoy viendo. Se trata, según Vd., de una persona hoy moribunda, que yo no puedo ver ahora, por más que este sería el momento propicio para remediar sus males; teme Vd. que mañana sea tarde, y, sin embargo, no permite Vd. que yo vaya á verla hasta mañana. Si Vd. quiere tanto á esa persona, si esa inquietud que posee á Vd., y que demuestran sus palabras y su agitación, es verdad, ¿por qué no hemos de salvar la vida á esa persona antes que un retraso funesto, antes que los progresos del mal hagan desesperar de su estado?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo la desconocida vertiendo un mar de lágrimas.—¿Cómo quieres que los extraños crean lo que á mí misma me parece increíble? ¿No quiere Vd. venir á verle, caballero?—añadió levantándose bruscamente.

—No he dicho que me negase á ir á verle, pero advierto á Vd. que si persiste en tan inexplicable retraso, si esa persona llega á morir, pesa sobre Vd. una responsabilidad terrible.

—Sobre otros caerá esa horrorosa responsabilidad—replicó la encubierta con amargura.—En cuanto á mí, en todo esto no hay nada de que no pueda responder.

—Mi deber, mi profesión, es prestar á quien quiera que los necesite los auxilios de mi ciencia. Me conformo con lo que Vd. exige, por extraño que sea. Veré mañana á ese enfermo, si me deja Vd. las señas de su casa. ¿A qué hora podré ir?

—A las nueve.

—Dispénseme Vd. si la dirijo nuevas preguntas: son indispensables. ¿Está á su cuidado ahora esa persona?

—No.

—¿No puede Vd. asistirle en manera alguna? ¿Serían inútiles las instrucciones que la diese para el modo de cuidarla esta noche? ¿No puedo yo hacer nada por ella en este momento?

Viendo que no había medio de sacar de la desconocida ningún dato positivo, y deseoso de poner término á una escena tan aflictiva, porque el dolor de la misteriosa enfermedad, duramente contenido en un principio, se desbordaba de más en más, el médico reiteró su promesa de ser puntual al día siguiente, á la hora indicada. La dama negra le dió las señas de una calle casi desconocida de Walworth; y se retiró en silencio. Desapareció en las tinieblas de la noche, sin que el velo que cubría sus facciones hubiese dejado entrever el menor rasgo de estas.

II

Fácil es adivinar que tan extraordinaria visita produjo honda impresión en el ánimo de nuestro héroe. Tan luego como quedó solo, se abandonó á una larga é infructuosa meditación sobre lo que acababa de suceder. Demasiado ilustrado para ver nada de sobrenatural en tan extraño cúmulo de circunstancias, buscó en vano una explicación plausible que todo lo resolviese. ¿Se trataba, quizá, de un asesinato, proyectado para aquella misma noche, del que, cómplice primero, la desconocida se había arrepentido después, y veía de remediar en lo posible la ejecución del crimen, llevando al hombre de ciencia para que socorriese á la víctima? Pero esas cosas no ocurren así en el centro de una capital como Londres. ¿Acaso no entraba más fácilmente dentro de lo probable que la encubierta fuese una pobre demente?

La incertidumbre hizo que el joven doctor no pegase los ojos en toda la noche; ni por un solo instante pudo olvidar el velo negro, siempre presente en su agitada imaginación; esperó el día con impaciencia. Apenas la dudosa claridad de la mañana de aquella triste estación hubo iluminado las calles, se puso en marcha hacia Walworth.

Walworth, sea dicho para los que están poco al corriente de la topografía de Londres, es uno de esos numerosos arrabales que rodean la inmensa metrópolis inglesa, y que ésta va absorbiendo poco á poco, á medida que sus casas invaden el campo. Aun hoy día, Walworth es un lugar de mala apariencia; no hay ningún banquero entre sus habitantes. Hace cuarenta años era un barrio perdido, tenebroso, una verdadera madriguera de asesinos y monederos falsos; se componía de unas cuantas casas de aspecto miserable, esparcidas acá y allá en desorden, y habitadas por gente de aspecto sospechoso, demasiado pobre para vivir en otra parte, ó que tenía sus motivos para buscar asilo en un sitio donde la policía misma no se aventuraba á entrar sin recelo.

Nuestro héroe tuvo que orientarse, no sin trabajo, en medio de un laberinto de callejuelas y senderos, convertidas en cenagosos barrancos por la lluvia. Preciso era tener un asunto muy importante que evacuar para ir á tales parajes. El doctor preguntó á varios individuos harapientos, con quienes tropezó, el camino que debía seguir. Por fin, después de mil respuestas insuficientes ó contradictorias, pudo tocar al fin de su viaje.

Estaba delante de la casa cuyas señas le dió la dama negra. Esta casa, de un solo piso, no había sido objeto de ninguna reparación desde que salió de manos de sus constructores. Parecía como si se quisiera dejar que se fuese arruinando lentamente. Estaba aislada. Las ventanas provistas de cortinas herméticamente cerradas, indicaban el deseo de que ninguna mirada indiscreta penetrase en lo interior de la siniestra habitación. Por lo demás, no se oía dentro el más leve rumor, nada indicaba que hubiese allí ningún ser animado.

El joven vaciló un instante antes de coger el aldabón. Sabía que la capital encierra gente cuya audacia no retrocede ante ningún delito; los estranguladores y los resurreccionistas no habían alcanzado todavía la horrible reputación que después lograron; pero nuestro médico

había frecuentado los hospitales; sabía que para procurarse esos cadáveres que los hipócritas ingleses compran tan cara y misteriosamente, los miserables que comercian con la carne muerta no vacilan, de vez en cuando, en cometer un asesinato. No obstante, su incertidumbre no fué larga: se hubiera avergonzado de volver la espalda al peligro; á un peligro que quizá era imaginario.

Cafía una lluvia glacial; preciso era decidirse y tomar cuanto antes una determinación. Nuestro héroe se dirigió con paso firme á la puerta, y llamó.

Dentro de la casa se oyó el cuchicheo de una conversación en voz baja; en el pasillo parecía haber una persona que recibía instrucciones de otra que debía estar en la escalera. Se corrieron los cerrojos con precaución, la llave crujió en la cerradura, y un hombre de elevada estatura, facciones agrestes y pálidas hasta el punto de parecer lívidas, mirar vago, cabellera desordenada y vestir andrajoso, se presentó en el dintel de la puerta, á medida que esta fué girando silenciosamente sobre sus goznes, y dando paso á un estrecho y lóbrego pasillo.

—Tenga Vd. la bondad de entrar, caballero.

El médico dió algunos pasos, y la puerta se cerró de nuevo, sin ruido, con llave y cerrojos.

—¿Me haría Vd. el favor de seguirme?

Y condujeron al doctor á una habitación en extremo reducida, que había en el fondo del pasillo.

—He llegado á tiempo?—preguntó.

—Ha llegado Vd. demasiado temprano.—le respondió el personaje que hacía los honores de la lúgubre casa.

El joven dejó escapar un gesto de sorpresa y de pavor.

—Sírvase Vd. esperar aquí, caballero; no tendrá Vd. que aguardar mucho.

Y el desconocido se retiró después de cerrar la puerta con llave.

El médico terminó pronto el inventario de la habitación en que le habían encarcelado. Dos sillas cojas y viejas, y una mesa rota componían todo su mueblaje. Un poco de carbón se consumía lentamente, y como con sentimiento, en la chimenea; chorreaba la humedad por las desnudas paredes, y la única ventana que allí había daba á un patio lleno de agua y rodeado de un muro ruinoso. En el resto de la casa no se oía el menor ruido, y durante algunos minutos, el doctor pudo abandonarse á reflexiones poco tranquilizadoras sobre el desenlace de una aventura que tan singularmente principiaba. Se preguntaba con inquietud por qué le habían encerrado. Por lo demás, consideró inútil llamar ó tratar de huir; comprendió que se había entregado, y que era forzoso esperar hasta el fin.

III

Pasó un cuarto de hora, la paciencia de nuestro héroe principiaba á decaer un tanto, cuando el ruido de un carruaje que corría á todo galope hirió su oído. Oyó que el coche se paraba delante de la casa y que la puerta se abría. Una conversación cuyo sentido no pudo llegar hasta él, y el rumor de las pisadas de tres hombres que subían un pesado fardo por la escalera, fué cuanto logró luego escuchar. Medio minuto después los tres hombres bajaron la escalera, y salieron. Se cerró la puerta de la calle con todo su aparato de llave y cerrojos, y volvió á reinar el silencio más absoluto.

Aturdido por un encadenamiento de circunstancias tan misteriosas, y que ya no trataba de explicarse, nuestro doctor permaneció sin movimiento, sin voz, y casi sin pensamiento, ante el fuego ya apagado de la chimenea. La puerta de la habitación no tardó en abrirse y apareció la misma mujer que la noche antes le había visitado. Conservaba todavía cubierto el rostro con su inamovible velo negro. Sollozos desgarradores se escapaban de su pecho. No pronunció ni una palabra; sólo hizo un gesto para que la siguiera. Obedeció. Subió la desmornada escalera y entró en una habitación casi totalmente desprovista de muebles. En un rincón había un mal catre de madera. Unas cortinas de tela tosca plegadas ante las persianas, mantenían en aquel cuarto una oscuridad constante. Mientras el médico trataba de distinguir los objetos, la mujer corrió á arrojarle de rodillas á la cabecera del lecho.

El doctor observó entonces que en aquel lecho había un hombre envuelto en una manta. Estaba completamente inmóvil; tenía la cabeza y la cara descubiertas; pero un vendaje oscuro le cruzaba el rostro, y después de pasar bajo la barba, iba á anudarse poco más arriba de la nuca; los ojos estaban cerrados; el brazo izquierdo colgaba.

Apartando suavemente á la desconocida, el joven médico cogió la mano de este desgraciado y la volvió á dejar caer al punto, como si hubiera tocado un ascua ardiendo:

—¡Gran Dios!—gritó.—¡Este hombre está muerto!

—¡No! ¡No puede ser! ¡No está muerto!—respondió la dama negra alzándose con violencia y retorciéndose las manos.—No me diga usted que está muerto, porque me mata Vd. ¡Cuántos hay que han vuelto á la vida cuando se les creía perdidos sin remedio! ¡Cuántos otros se hubieran salvado si les hubiesen auxiliado á tiempo! ¡Vamos! ¡Por Dios! Haga Vd. algo por él; haga Vd. un esfuerzo; no desespere usted..... Quizá en este mismo instante le abandona la vida. Dese Vd. prisa; en nombre del cielo, dese Vd. prisa; sea Vd. su salvador.

Y la infeliz frotaba con ardor las sienes, el pecho y las manos del que allí yacía; pero aquellas manos yertas y rígidas volvían á caer pesadamente cuando ella las abandonaba.

—Todo es inútil—dijo el médico con tono dolorosamente afectado.—Pero aguarde Vd..... corra Vd. esas cortinas.

—¿Para qué?—preguntó la desconocida estremeciéndose.

—Corra Vd. esa cortina, repito; yo lo mando—añadió el doctor con firmeza.

—He querido que la habitación estuviese oscura—dijo la mujer arrojándose ante el joven para impedir que llegase á la cortina.—Tenga Vd. piedad de mí. Si es un cadáver lo que ahí hay, que al menos sean mis ojos los únicos que le vean.

—La muerte de ese hombre no ha sido natural—gritó el médico, y lanzándose hacia la ventana desgarró la cortina que la cubría.

IV

La desconocida trató en vano de detenerle. En la lucha, el velo se desprendió, descubriendo las facciones de una mujer de unos cincuenta años, que debió ser hermosa, pero que las lágrimas, las privaciones y los dolores la habían envejecido y quebrantado antes de edad. Un temblor nervioso agitaba sus labios y un fuego sombrío brillaba en los ojos de aquella desgraciada.

—¡Ha habido violencia!—dijo el médico señalando al cadáver y clavando en ella una mirada escrutadora.

—Sí—respondió con voz sorda.

—Este hombre ha sido víctima de un asesinato.

—De un asesinato bárbaro, atroz; tomo á Dios por testigo de ello.

—¿Y el culpable quién es?—preguntó el doctor cogiendo á la desconocida por un brazo.

—Mire Vd. antes, y pregúntemelo después.

El joven se inclinó sobre el cadáver que se hallaba ya perfectamente iluminado por la claridad del día. La cara estaba hinchada y negra; los ojos fuera de sus órbitas; la lengua asomaba entre los labios manchados de una espuma sanguinolenta; el cuello aparecía ceñido por un círculo de un azul lívido. La verdad se reveló entonces en todo su horror al médico.

—Es uno de los condenados á muerte que fueron ejecutados esta mañana—dijo, apartándose del lecho, no sin estremecerse.

—Sí.

—¿Y quién era?

—¡Mi hijo!

Y cayó al suelo sin conocimiento.

V

La historia de esta desgraciada era muy sencilla. Viuda, sin amigos, sin fortuna, con un hijo único, educó á éste como mejor pudo. Por él se condenó á las mayores privaciones. El ingrato se dejó llevar por las malas compañías, salvó sin dificultad la barrera que separa el delito del crimen, y murió á manos del verdugo. Su madre, que hasta el último instante se sostuvo con la quimérica esperanza de salvarle, se volvió loca cuando se convenció de que era imposible deshacer lo hecho. En vano le había reclamado el cuerpo á la justicia dentro del más breve plazo que marca la ley; en vano le había ocultado en un asilo secreto: la horca había cumplido demasiado bien con su misión.

MANUEL ALHAMA

UN LIBRO ÚTIL

Lecciones de higiene popular.—Con este título acaba de dar á luz el licenciado en Medicina y Cirugía D. José Cesano una obrita con destino á las escuelas de instrucción primaria. Es un libro que por su claridad, extensión y las saludables máximas que encierra prestará grandes beneficios á nuestra sociedad.

Con justo motivo ha merecido excelente acogida entre la prensa de todos matices esta apreciable obra, á la cual deseamos un brillante éxito.

MADRID: 1883

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

Calle Real, núm. 1 cuadruplicado

ANUNCIOS

GRAN HOTEL DE MADRID

Mayor. 1

Lujosas y cómodas habitaciones, con un trato excelente.

SAN MARTIN

PUERTA DEL SOL, NUM. 6

Librería.—Centro de suscripciones.

BALAGUER

SASTRE

Generos de alta novedad; confección elegantísima, y una baratura hasta hoy desconocida.

CARMEN, 10

La Mosaïque

Revista mensual pintoresca de todos los tiempos y países.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

En París, seis meses 3'50 francos.—Un año, 7.—Departamentos, un año 8'50.—Seis meses 4'25.

OFICINAS: 13-15 QUAI VOLTAIRE

LES MATINÉES ESPAGNOLES

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE EUROPÉENNE

ANECDOTIQUE, ARTISTIQUE ET LITTÉRAIRE

PAR LE BARON STOCK

AVEC LA COLLABORATION DES PRINCIPAUX ÉCRIVAINS CONTEMPORAINS

CONDITIONS DE L'ABONNEMENT ANNUEL

Pour Madrid, l'Espagne, le Portugal, l'Italie, la France et tous les pays, compris dans l'union postale, prix unique 50 francs ou pesetas.—Pour l'Angleterre 2 livres 5 shillings.—Pour l'Allemagne, la Russie et toutes les autres contrées, le tarif spécial en sus de l'abonnement.—Les abonnements peuvent se faire en envoyant un bon de poste, ou bien un billet de 50 francs ou pesetas par lettre chargée ou encore un mandat à vue sur Madrid, à l'adresse de M. le baron Stock, calle Montañana, 6, Madrid.—L'Administration se charge des recouvrements.—Les dépositaires accrédités pour chaque pays seront indiqués dès le premier numéro.—Chaque numéro séparé se paye deux francs.—La vente au numéro se fait à Madrid chez M. Bailière et chez M. Fé; à Paris, chez M. Marpon, éditeur-imprimeur, et pour les autres pays chez tous les correspondants.

LIBRERÍA GUTTENBERG

OBRAS NUEVAS

Pintura, Postas famosas del siglo XIX, 750 pesetas.—Navarra, María de los Angeles, 5.—Navarra (R), Crimen de Villavieja, 3.—Leopardo, Diálogos filosóficos, 2'50.—Informe sobre la aptitud genética del Conde de San Antonio, 0'50.—Espejo moral de clérigos, 1.—Mourel, La Radiofonía, 4.—Huidobro, Manual de higiene militar, 3.—Cortijo, La caballería en los ejércitos modernos, 2.—D. A. S., La medicina sin médico, 2'50

Príncipe, 14 (Teatro de la Comedia)

CHACORYS Y COMPAÑÍA

ZAPATERO DE S. M.

PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES

PRINCIPE, 22

Ofrece al distinguido público de Madrid las obras de su industria. Garantiza la solidez, comodidad y buen gusto de ella.

LA DIANA

REVISTA QUINCENAL DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Esta publicación, que consta de 16 páginas de escogida lectura, aparece los días 8 y 22 de cada mes.

Los amantes de las letras y las ciencias, encontrarán en esta REVISTA una propaganda decidida y entusiasta de los adelantos de la presente época; á la vez que un medio de seguir el movimiento intelectual y político de todas las naciones.

Precios de suscripción

España: 6 pesetas trimestre; 20 año.—Resto de Europa: 25 francos por año.—Ultramar: 6 pesos fuertes por año.

La suscripción en provincias se hará como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mutuo, letras ó sellos de comunicaciones; optando por este medio, deberá hacerse bajo certificado. El pago siempre adelantado.—Para la suscripción, dirijase la correspondencia al administrador de la REVISTA DON JUAN FERNÁNDEZ ESTRADA.

Precios de los anuncios

España: 25 céntimos de peseta línea.—Resto de Europa: 50 céntimos de franco línea.—Ultramar: 2 reales sencillos línea. Reclamos y comunicados, precios convencionales.

OFICINAS: Plaza de la Independencia, 10, tercero derecha